

LA DIVINA MISERICORDIA

MENSAJES, PROMESAS, DEVOCIONARIO



Esta devoción está aprobada por la Sagrada Congregación
para la Doctrina de la fe, el día 15 de Abril de 1978



La Eucaristía es el centro de la devoción
al Corazón Misericordioso de Cristo

(Juan Pablo II en Montmartre)

1ª parte

**LA DIVINA
MISERICORDIA**



SANTA MARIA FAUSTINA KOWALSKA
APOSTOL DE LA DIVINA MISERICORDIA
Canonizada el 30 de abril del 2000. Año Santo Jubilar

**Palabras de S.S. Juan Pablo II en la Canonización
de Sor Faustina el domingo 30 de abril del 2000
e institución de la Fiesta de la Divina Misericordia**

“Confitemini Domino quoniam bonus, quoniam in saeculum misericordia eius”, “Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia” (Sal 118, 1). Así canta la Iglesia en la octava de Pascua, casi recordando de labios de Cristo resucitado, que en el Cenáculo da el gran anuncio de la misericordia divina y confía su ministerio a los Apóstoles: *“Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. (...) Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos”* (Jn 20, 21-23).

Antes de pronunciar estas palabras, Jesús muestra sus manos y su costado, es decir, señala las heridas de la Pasión, sobre todo la herida de su corazón, fuente de la que brota la gran ola de misericordia que se derrama sobre la humanidad. **De ese corazón Sor Faustina Kowalska, la Beata que a partir de ahora llamaremos santa, verá salir dos haces de luz que iluminan el mundo: “Estos dos haces —le explicó una vez Jesús mismo— representan la sangre y el agua”** (Diario).

¡Sangre y agua! Nuestro pensamiento va al testimonio del evangelista San Juan, quien, cuando un soldado traspasó con su lanza el costado de Cristo en el Calvario, vio salir “sangre y agua” (Jn 19, 34) Y si la sangre evoca el sacrificio de la cruz y el don eucarístico, el agua, en la simbología joánica, no sólo recuerda el bautismo, sino también el don del Espíritu Santo (Cf. Jn 3, 5; 4, 14; 7, 37-39).

La misericordia divina llega a los hombres a través del corazón de Cristo crucificado: **“Hija mía, di que soy el Amor y la Misericordia en persona”**, pedirá Jesús a Sor Faustina (*Diario*, pág. 374). Cristo derrama esta misericordia sobre la humanidad mediante el envío del Espíritu, que, en la Trinidad, es la Persona-Amor. Y ¿acaso no es la misericordia un “segundo nombre” del amor (cf. *Dives in misericordia*, 7), entendido en su aspecto más profundo y tierno, en su actitud de aliviar cualquier necesidad, sobre todo en su inmensa capacidad de perdón?

Hoy es verdaderamente grande mi alegría al proponer a toda la Iglesia, como don de Dios a nuestro tiempo, la vida y el testimonio de Sor Faustina Kowalska. La divina providencia unió completamente la vida de esta humilde hija de Polonia a la historia del siglo XX, el siglo que acaba de terminar. En efecto, entre la primera y la segunda guerra mundial, Cristo le confió su mensaje de misericordia. Quienes recuerdan, quienes fueron testigos y participaron en los hechos de aquellos años y en los horribles sufrimientos que produjeron a millones de hombres, saben bien cuán necesario era el mensaje de la misericordia.

Jesús dijo a Sor Faustina: **“La humanidad no encontrará paz hasta que se dirija con confianza a la misericordia divina”** (*Diario*, p. 132). A través de la obra de la religiosa polaca, este mensaje se ha vinculado para siempre al siglo XX, último del segundo milenio y puente hacia el tercero. No es un mensaje nuevo, pero se puede considerar un don de iluminación especial, que nos ayuda a revivir más intensamente el evangelio de la Pascua, para ofrecerlo como un rayo de luz a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

¿Qué nos depararán los próximos años? ¿Cómo será el futuro del hombre en la tierra? No podemos saberlo. Sin embargo, es cierto que, además de los nuevos progresos, no faltarán, por desgracia, experiencias dolorosas. **Pero la luz de la misericordia divina, que el Señor quiso volver a entregar al mundo mediante el carisma de Sor Faustina, iluminará el camino de los hombres del tercer milenio.**

Pero, como sucedió con los Apóstoles, es necesario que también la humanidad de hoy acoja en el cenáculo de la historia a Cristo resucitado, que muestra las heridas de su crucifixión y repite: "Paz a vosotros". Es preciso que la humanidad se deje penetrar e impregnar por el Espíritu que Cristo resucitado le infunde. El Espíritu sana las heridas de nuestro corazón, derriba las barreras que nos separan de Dios y nos desunen entre nosotros, y nos devuelve la alegría del amor del Padre y la de la unidad fraterna.

Así pues, es importante que acojamos íntegramente el mensaje que nos transmite la palabra de Dios en este segundo domingo de Pascua, que a partir de ahora en toda la Iglesia se designará con el nombre de "Domingo de la Misericordia Divina". A través de las diversas lecturas, la liturgia parece trazar el camino de la misericordia que, a la vez que reconstruye la relación de cada uno con Dios, suscita también entre los hombres nuevas relaciones de solidaridad fraterna. Cristo nos enseñó que "el hombre no sólo recibe y experimenta la misericordia de Dios, sino que está llamado a usar "misericordia" con los demás: **"Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia"** (Mt 5, 7)." (*Dives in misericordia*, 14). Y nos señaló, además, los múltiples

caminos de la misericordia, que no sólo perdona los pecados, sino que también sale al encuentro de todas las necesidades de los hombres. Jesús se inclinó sobre todas las miserias humanas, tanto materiales como espirituales.

Su mensaje de misericordia sigue llegándonos a través del gesto de sus manos tendidas hacia el hombre que sufre. Así lo vio y lo anunció a los hombres de todos los continentes Sor Faustina que, escondida en su convento de Lągiewniki, en Cracovia, hizo de su existencia un canto a la misericordia: "*Misericordias Domini in aeternum cantabo*".

La canonización de Sor Faustina tiene una elocuencia particular: con este acto quiero transmitir hoy este mensaje al nuevo milenio. Lo transmito a todos los hombres para que aprendan a conocer cada vez mejor el verdadero rostro de Dios, y el verdadero rostro de los hermanos.

El amor a Dios y el amor a los hermanos son efectivamente inseparables, como nos lo ha recordado la primera carta del apóstol San Juan: "En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos" (1 Jn 5, 2). El Apóstol nos recuerda aquí la verdad del amor, indicándonos que su medida y su criterio radican en la observancia de los mandamientos.

En efecto, no es fácil amar con un amor profundo, constituido por una entrega auténtica de sí. Este amor se aprende sólo en la escuela de Dios, al calor de su caridad. Fijando nuestra mirada en Él, sintonizándonos con su corazón de Padre, llegamos a ser capaces de mirar a nuestros hermanos con ojos nuevos, con una actitud de

gratuidad y comunión, de generosidad y perdón. *¡Todo esto es misericordia!*

En la medida en que la humanidad aprenda el secreto de esta mirada misericordiosa, será posible realizar el cuadro ideal propuesto por la primera lectura: "En el grupo de los creyentes, todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía" (Hch 4, 32.) Aquí la misericordia del corazón se convirtió también en estilo de relaciones, en proyecto de comunidad y en comunión de bienes. Aquí florecieron las "obras de misericordia", espirituales y corporales. Aquí la misericordia se transformó en hacerse concretamente "prójimo" de los hermanos más indigentes.

Sor Faustina Kowalska dejó escrito en su Diario: "Experimento un dolor tremendo cuando observo los sufrimientos del prójimo. Todos los dolores del prójimo repercuten en mi corazón; llevo en mi corazón sus angustias, de modo que me destruyen también físicamente. Desearía que todos los dolores recayeran sobre mí, para aliviar al prójimo" (p.365). ¡Hasta ese punto de comunión lleva el amor cuando se mide según el amor a Dios!

En este amor debe inspirarse la humanidad hoy para afrontar la crisis de sentido, los desafíos de las necesidades más diversas y, sobre todo, la exigencia de salvaguardar la dignidad de toda persona humana. Así, el mensaje de la misericordia divina es, implícitamente, también un mensaje sobre el valor de todo hombre. Toda persona es valiosa a los ojos de Dios, Cristo dio su vida por cada uno, y a todos el Padre concede su Espíritu y ofrece el acceso a su intimidad.

Este mensaje consolador se dirige sobre todo a quienes, afligidos por una prueba particularmente dura o abrumados por el peso de los pecados cometidos, han perdido la confianza en la vida y han sentido la tentación de caer en la desesperación. A ellos se presenta el rostro dulce de Cristo y hasta ellos llegan los haces de luz que parten de su corazón e iluminan, calientan, señalan el camino e infunden esperanza. **¡A cuántas almas ha consolado ya la invocación “Jesús, en ti confío”,** que la Providencia sugirió a través de Sor Faustina! Este sencillo acto de abandono a Jesús disipa las nubes más densas e introduce un rayo de luz en la vida de cada uno.

“Misericordias Domini in aeternum cantabo” (Sal 89, 2). A la voz de María santísima, la “Madre de la misericordia”, a la voz de esta nueva santa, que en la Jerusalén celestial canta la misericordia junto con todos los amigos de Dios, unamos también nosotros, Iglesia peregrina, nuestra voz.

Y tú, Faustina, don de Dios a nuestro tiempo, don de la tierra de Polonia a toda la Iglesia, concédenos percibir la profundidad de la misericordia divina, ayúdanos a experimentarla en nuestra vida y a testimoniarla a nuestros hermanos. Que tu mensaje de luz y esperanza se difunda por todo el mundo, mueva a los pecadores a la conversión, elimine las rivalidades y los odios, y mueva a los hombres y las naciones a la práctica de la fraternidad. Hoy, nosotros, fijando, juntamente contigo, nuestra mirada en el rostro de Cristo resucitado, hacemos nuestra tu oración de abandono confiado y decimos con firme esperanza: **“Cristo, Jesús, en ti confío”.**

LA MISERICORDIA DE DIOS EN LA OBRA DE LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA

Desde los tiempos de la Encarnación, Dios mira al género humano a través de su Hijo, y la Misericordia manifestada por Cristo es Divina Misericordia; es Dios mismo. La obra de Jesús, durante su permanencia sobre la tierra, no fue otra cosa que el comienzo de la Misericordia. Hoy la Misericordia no se vuelca solamente sobre Palestina, sino sobre el mundo entero y no sólo sobre el pueblo de Galilea, sino sobre todos los hombres. El Hijo de Dios se unió antes a la naturaleza humana en el seno de su purísima Madre, la Virgen María; ahora se une a todas las naciones en el seno de la Iglesia, derramando la Divina Misericordia como la profetizó la Madre de Misericordia, la Santísima Virgen María, en su Cántico: **«y su Misericordia se derrama de generación en generación a los que le temen»** (Lc. 1,50). La Iglesia, en efecto, en las oraciones litúrgicas, recuerda frecuentemente a los fieles la inconmensurable Misericordia Divina, y ve en ésta la mayor perfección de la omnipotencia del Creador.

Leemos, por ejemplo, en la Colecta del X Domingo después de Pentecostés: **«Dios, que muestras tu gran omnipotencia al perdonar y compartir, multiplica sobre nosotros tu Misericordia»**. Los Padres y los Doctores de la Iglesia hablan de la Divina Misericordia como de la más insigne perfección del Creador, Redentor y Santificador. San Agustín dice: **«Dios nos ha manifestado gran Misericordia, creando al hombre a su imagen y semejanza, pero cuando por el pecado hemos caído al abismo de la**

nada, **Él nos ha mostrado su gran Misericordia, rescatándonos con la sangre de su Hijo»** (S. de temp. 3,p.). Santo Tomás de Aquino, a su vez, afirmaba directamente de modo racional y probaba que **la Misericordia es la más alta perfección de Dios en su relación con las criaturas** (S.T., p. 21, aa. 3 y 4; II - II, q. 30. a. 4.c).

LA MISERICORDIA INSONDABLE DE DIOS

La doctrina de la Misericordia de Dios ha llegado a todos los hombres; pero aún entre los fieles, muchos no la comprenden debidamente. Por tal razón, los hombres, a menudo, no comprenden la bondad de Dios midiéndola con su propia medida pequeña y dudan de su misericordia. Especialmente en los tiempos actuales muchos hombres tienen hacia Dios una cierta irritabilidad, como niños que se encaprichan; creen que Dios está airado con ellos y entonces ellos también se encolerizan con El; creen que Dios se ha olvidado de ellos; entonces también ellos, en su indignación, se alejan de Él. Como consecuencia de esto, en muchos países se difunde un evidente ateísmo, nunca visto antes en la historia del género humano. Tal actuación y falta de confianza ofende infinitamente al Creador.

DIOS MISMO VIENE EN AYUDA EN EL «TIEMPO OPORTUNO»

El hombre siempre tiene necesidad de la ayuda de la Divina Misericordia, pero sobre todo cuando a causa de su propia iniquidad, insensatez e inconstancia, cae en la

más profunda miseria, como ha sucedido con frecuencia antiguamente y como sucede de manera particular en nuestros tiempos. En tales situaciones peligrosas, Dios mismo viene en ayuda **«en el tiempo oportuno»** (Sal. 31,6) de la humanidad que ha caído en el error. Y así, en la historia cuando surgió y se propagó como morbo la secta de los Cátaros, Santo Domingo (1170-1221) introduce, por revelación Divina, el rezo del Rosario; y gracias a esta devoción, logra sobre la herejía una victoria mucho más grande que aquella obtenida por las Cruzadas emprendidas con tal fin. Igualmente, para prevenir otros peligros que amenazan la Iglesia en el siglo XIII, a continuación de las revelaciones hechas a Santa Juliana de Reannes, se difunde el culto del Santísimo Sacramento, que culmina en la institución de la fiesta del Corpus Christi. Cuando en tiempos posteriores, la herejía de Jansenio (1585-1638) entorpeció las relaciones filiales del hombre hacia Dios como Padre, y, alejándolo del Sacramento de la Eucaristía, lo precipitó en un estado de inercia, aparecen las revelaciones hechas a Santa Margarita M^a Alacoque (1647-1690), con la difusión del culto y la fiesta al Sagrado Corazón de Jesús, expresada con la celebración del primer viernes del mes.

Y ahora en estos turbulentos tiempos actuales, llenos de perversidad y apostasía, de desgracias y sufrimiento, el Señor viene a recordarnos que sólo acudiendo a Él obtendremos la paz y el bienestar. **«BUSCAD PRIMERO EL REINO DE DIOS... TODO LO DEMÁS SE OS DARÁ POR AÑADIDURA!»** (Mt. 6, 33).

El mensaje de la DIVINA MISERICORDIA que el Señor nos da a través de Santa Faustina, es una llamada

a la conversión y a la CONFIANZA. Dios es Padre de infinita ternura que nos espera siempre con los brazos abiertos, y está dispuesto a perdonar aun a los más grandes pecadores.

La devoción y la Fiesta de la Divina Misericordia están haciendo descender del cielo una lluvia de gracias para el mundo entero.

«Oh Dios, que con una sola palabra habrías podido salvar miles de mundos, un suspiro de Jesús habría satisfecho tu justicia. Pero tú, oh Jesús, te entregaste por nosotros a tan dolorosa pasión únicamente por amor. La justicia de tu Padre habría sido expiada con un solo suspiro tuyo y todos tus anonadamientos son exclusivamente actos de tu misericordia y de tu amor inconcebible. Tú, oh Señor partiendo de esta tierra deseaste quedarte con nosotros y te dejaste a ti mismo en el Sacramento del Altar y nos abriste de par en par tu misericordia. No hay miseria que te pueda agotar; llamaste a todos a esta fuente de amor. Aquí está el trono de tu misericordia, aquí el remedio para nuestras enfermedades. Hacia ti, oh Fuente viva de Misericordia corren todas las almas: unas como ciervos, sedientos de tu amor, otras para lavar la herida de sus pecados; otras, cansadas de la vida, para tomar fuerzas. Cuando estabas muriendo en la cruz, en aquel momento nos donaste la vida eterna; al haber permitido abrir tu sacratísimo costado nos abriste la inagotable Fuente de tu Misericordia; nos ofreciste lo más valioso que tenías, es decir, la Sangre y el Agua de tu Corazón. He aquí la omnipotencia de tu misericordia, de ella toda gracia fluye hacia nosotros.»

(Diario de Sor Faustina)

1. PRINCIPIO Y DESARROLLO DE LA DEVOCIÓN A LA DIVINA MISERICORDIA

Esta devoción empezó a propagarse en Polonia pocos años antes de la segunda guerra mundial, pero en forma más bien limitada. Se presentó por primera vez al gran público cuando en 1935 la nueva imagen de Jesús Misericordioso fue expuesta en Wilna, en Ostra Brama, para la solemne clausura del Año Jubilar del XIX Centenario de la Redención del Género Humano. Predicaba sobre la Divina Misericordia, durante el Jubileo, el abate Sopocko, confesor de Sor M. Faustina, exhortando al pueblo a recurrir a la Misericordia de Dios con toda confianza.

Después siguió un período de silencio; pero muy pronto la devoción volvió a reanimarse con la publicación de un librito impreso en Cracovia en 1937, el cual tenía estampada la imagen de Jesús Misericordioso, con la novena, la Coronilla de la Misericordia Divina y las letanías propias; todo lo cual obtuvo un éxito maravilloso, de tal manera que con dicho librito, provisto de la autorización del Ordinario, la devoción empezó a propagarse.

Entonces vivía aún Sor M. Faustina, quien tuvo el gozo de ver que la devoción a la Divina Misericordia conmovía los corazones. Empero, un éxito mayor se obtuvo después de su muerte, o sea en 1938, y más particularmente después del anuncio de la guerra de 1939, que ella había predicho detalladamente, y que dentro de poco realmente, con crueldad diabólica, había de sumergir a muchas naciones en el abismo de la desolación. Fue entonces cuando millares de hombres buscaron su refugio en la devoción a la Divina Misericordia, y experimentaron refugio y salvación, constatando así, por propia experien-

cia, la gran verdad de las palabras dichas por Jesús Misericordioso:

«La humanidad no hallará paz hasta que se vuelva con fe a mi Divina Misericordia».

Entonces la imagen de Jesús Misericordioso, encuadrada en magníficos marcos, fue expuesta en las iglesias más concurridas, a donde acudieron los fieles a implorar perdón y a ser preservados de las calamidades de aquellos aciagos días; muchos exvotos atestiguan aún las numerosas gracias obtenidas entonces milagrosamente.

II. SANTA MARIA FAUSTINA

Sor María Faustina (su nombre de bautismo y de familia era Helena Kowalska) nació en Glogowice, pueblo no lejano de Lódz, la mayor ciudad industrial de Polonia, el día 25 de agosto de 1905. Hija del pueblo, a los veinte años entró en la Congregación de Religiosas consagradas a la Madre de Dios de la Misericordia, conocidas por el vulgo con el nombre de Hermanas de Santa Magdalena, para la educación de las niñas pobres y abandonadas.

Fue enviada por la obediencia a varias casas de su Congregación; entre otras, las de Varsovia, Plock, Vilna, Lagiewniki, en las que trabajó sobre todo en la cocina y el jardín. También fue empleada en diferentes servicios de la casa y hasta ejerció el oficio de portera.

Trabajaba con diligencia, cual laboriosa abeja, pero en el ocultamiento. Además del trabajo, lo que ocupaba y llenaba su vida de comunidad era la oración, que practicaba aún en medio de sus agudos sufrimientos, con los que fue frecuentemente probada.

Una hermana suya en religión nos certifica que Sor Faustina no demostraba en su porte exterior ninguna singularidad; mas bastaba haberle hablado una sola vez para tener la impresión de que aquella hermana no era como las demás. Se admiraban en ella el equilibrio del juicio, la paz interior, la serenidad del corazón... Exteriormente la vida de Sor Faustina se presenta más bien sencilla y monótona, pero edificante y ejemplar. Quien ha podido conocer de ella el interior y leer su «Diario», que por mandato de su confesor escribió, no puede resistir a la profunda impresión que siente al encontrarse frente a un alma favorecida por el cielo con dones excepcionales.

Para Sor Faustina la santidad que ardientemente deseaba, para cuyo logro se había hecho religiosa, no consistía en visiones y revelaciones, sino más bien en la práctica sólida de la virtud. Por este motivo, todavía antes de hacerse religiosa, y más particularmente después que entró en Religión, se ejercitó con creciente constancia en obtener la pureza del alma, la humildad, la paciencia, la obediencia, la pobreza, la bondad, la solícita caridad para con el prójimo hacia el cual se mostró siempre abnegadamente inclinada. A todas estas virtudes añadía un gran recogimiento interior, una profunda piedad y, sobre todo, un gran amor de Dios.

La misma Virgen Santísima le indicó la vía activa en el desarrollo de las virtudes fundamentales.

«En la fiesta de la Inmaculada Concepción escribe Sor Faustina- vi a la Santísima Madre de Dios, bella con belleza incomparable, que, sonriente, me dijo: *Hija mía, por deseo de Dios te seré Madre de un modo particularísimo; pero deseo que tú me seas hija de un modo también particular. Deseo*

que te ejercites en las tres virtudes que me son más gratas que todas las otras, y son predilectas de Dios. La primera de estas virtudes es la humildad; y vuelvo aún a repetir, la humildad; la segunda es la pureza, y la tercera el amor de Dios. Luego me estrechó contra su corazón y desapareció. Después de esta visión mi alma se sintió admirablemente atraída hacia esas virtudes, y en ellas me ejercito fielmente. Están como grabadas en mi corazón.»

El Espíritu Santo elevaba el alma de Sor Faustina; le hacía sentir la presencia íntima de Dios; la llenaba completamente, atrayéndola a visiones celestiales y divinas.

Recordemos también la familiaridad que Sor Faustina tuvo con los Santos del Cielo. Numerosos fueron los favores y privilegios que obtuvo de ellos, como leemos en su «**Diario**». A semejanza de San Estanislao de Kostka, tenía trato familiar con los ángeles; y con frecuencia, durante la Santa Misa, se le aparecía el Niño Jesús... Las escenas de la Pasión de Nuestro Señor eran vividas por ella sensiblemente, y tuvo sublimes revelaciones de la Santísima Trinidad.

Estos hechos extraordinarios no sólo la llenaban de profundo recogimiento, sino que también encendían en ella deseos y llamas de amor inextinguibles. Sor Faustina murió víctima de la tuberculosis en la Casa Madre de Lagiewniki, junto a Cracovia, el día 5 de octubre de 1938. Fue beatificada por S.S. Juan Pablo II el día 18 de abril de 1993 y canonizada el 30 de abril del 2000.

III. LA MISIÓN DE SANTA FAUSTINA

«A través de ti, como por la Hostia Santa -le aseguró Jesús- los rayos de mi Misericordia se expandirán sobre el mundo.»

La humanidad, especialmente en los tiempos actuales se ha alejado más y más de Dios. Por este motivo, a pesar del progreso de la civilización, se siente cada día más afligida e infeliz. Para salvar esta humanidad tan extraviada y también tan culpable, el cielo le ha enviado, en estos últimos tiempos, avisos extraordinarios. La Santísima Virgen, en las grandes apariciones de la Salette, Lourdes Fátima, y otros lugares, exhorta a la oración, a la penitencia y a una vida de fe y caridad. Si esto no se cumple, grandes calamidades, predichas por la Madre de Dios, caerán sobre la humanidad.

En el número de esas grandes apariciones hemos de incluir también aquellas hechas por Nuestro Señor a Sor Faustina. A ella se apareció el mismo Salvador, el cual, con la nueva revelación de su Misericordia, quiere convertir a la humanidad y alejarla del camino de perdición... De hecho, con frecuencia repetía a su confidente:

«La humanidad no tendrá paz hasta que se vuelva con confianza a la Divina Misericordia».

Jesús Misericordioso se reveló por primera vez a Sor Faustina, en Plock, el día 22 de febrero de 1931. He aquí la descripción que ella misma nos ha dejado:

«La tarde de aquel día, cuando me hallaba en mi celda, vi al Señor vestido con vestidura blanca. Tenía una mano alzada en actitud de bendecir, y con la otra tocaba la túnica blanca sobre el pecho. Del pecho, por la abertura de la túnica, salían dos grandes haces de luz, unos rojos y otros pálidos. En silencio contemplaba la mirada del Señor. Mi alma era presa del temor, pero también de gozo infalible. Poco después Jesús me dijo:

«Pinta un cuadro según el modelo que ves, y escribe debajo: «JESUS, EN TI CONFIO». Deseo que esta imagen sea venerada en primer lugar en vuestra capilla y luego en el mundo entero».

Después de la manifestación de este deseo, Santa Faustina señala dos promesas hechas por Jesús:

«Prometo que no se perderá el alma que venere esta imagen. Le prometo ya desde esta vida la victoria sobre sus enemigos, y particularmente en la hora de la muerte. Yo, el Señor, la defenderé como a mi gloria».

Fue ésta, pues, para Sor Faustina, una visión extraordinaria, ya que bajo esta figura no había visto nunca al Señor. Además, la orden de pintar un cuadro de forma nueva era para ella preocupación constante. Humilde religiosa, conocía la práctica de los quehaceres domésticos, no de las artes. Antes de que el cuadro estuviera pintado, Sor Faustina tuvo que experimentar muchas dificultades y muchos sinsabores...

Cuando Santa Faustina, por mandato de su confesor, pidió durante la oración el significado de las apariciones, recibió en respuesta la siguiente explicación: *«Los rayos de luz de la imagen representan la Sangre y el Agua que brotaron de lo íntimo de mi Misericordia cuando en la Cruz mi Corazón agonizante fue abierto con la lanza. Los rayos pálidos representan el Agua, que justifica a las almas, los rojos la Sangre, que es vida de las almas. Estos rayos protegen a las almas de la indignación de mi Padre Celestial. Feliz será el que viva a la sombra de ellos, ya que la mano de la Justicia divina no llegará a tocarlo».*

El Salvador desea que esta conmovedora prueba de su amor, es decir, el haber dado la última gota de su preciosa Sangre, juntamente con el agua, sea particularmente

venerada en la devoción a la Divina Misericordia. A ese fin encargó a Sor Faustina que escribiera esta breve jaculatoria: *«Oh Sangre y Agua que manásteis del Corazón de Jesús, fuente de Misericordia para nosotros, confío en Ti»*, y le encargó que la recitara con frecuencia.

Con el fin de que nadie dudase de los sentimientos que debe despertar esta imagen, Él mismo dijo a Sor Faustina que escribiera debajo de ella: *«Jesús, en Ti confío»*, y le explicó también el porqué: *«Ofrezco a la humanidad el vaso con el cual debe venir a la Fuente de la Misericordia para obtener gracia: el vaso es esta imagen, debajo de la cual está escrito: JESUS, EN TI CONFIO»*.

¡CONFIANZA! He ahí la gran llamada de Jesús en esta devoción. **«Arden en mí las llamas de la Misericordia»**, dice el Señor, y **«Yo quiero derramarla en el corazón de los hombres»**. Se queja dolorosamente de su desconfianza: **«La falta de confianza lastima mis entrañas. Me aflige mucho más aún la desconfianza de las almas elegidas. A pesar de que mi amor es inextinguible, no confían en mí...»**.

Para consolación de los más grandes pecadores ordena a Sor Faustina escribir lo que sigue: *Los mayores pecadores, ellos antes que los demás tienen derecho a confiar en el abismo de mi Misericordia. La mayor consolación la recibo de aquellas almas que se confían a mi Misericordia. A ellas concedo gracia por encima de sus deseos. No puedo castigar a aquél que, aun siendo gran pecador, y el peor de todos, se confía a mi bondad: lo justificaré en mi inescrutable e inmensa Misericordia»*.

El Salvador dirige un sentido llamamiento a los hombres, a fin de que se apresuren a acudir a la Misericordia antes que sobrevenga la Justicia:

«Escribe que antes de venir como Juez, abriré de par en par la gran puerta de mi Misericordia. Quien no quiera pasar por esta puerta, tendrá que pasar por la de mi Justicia».

El Señor dio a conocer varias veces a Sor Faustina la enormidad de los pecados de los hombres. Consternada a la vista de tal monstruosidad, ella le preguntó una vez cómo podía soportar tan terribles ultrajes: *«Para el castigo -respondió el Salvador- tengo toda la eternidad, ahora prolongo el tiempo de mi Misericordia; mas ¡ay de ellos si no aprovechan el momento de mi gracia!... Confidente de los secretos de mi Misericordia, te obligo, no sólo a que escribas sobre ella para anunciarla, sino igualmente a que implores gracia para que ellos también adoren mi Misericordia».*

Otra vez le dijo: *«Escribe que cuanto es más grande su miseria, tanto mayor derecho tienen a mi Misericordia. Llamo a todas las almas a la confianza en el insondable abismo de mi Misericordia, porque deseo salvarlas a todas. La fuente de mi Misericordia ha sido abierta para todas las almas con el golpe de la lanza en la Cruz. No he excluido de ella a ninguna».*

IV. DE LA HONDA PIEDAD DE SANTA FAUSTINA

Al querer hablar de otros medios para extender mejor la devoción a la Divina Misericordia, conviene recordar, ante todo, aunque sea brevemente, la actividad desarrollada por Sor Faustina en esta empresa. Deseaba el Señor que el corazón de la que había de ser apóstol de la Divina Misericordia estuviera lleno de este su atributo divino. Examinando atentamente la vida de Sor Faustina, se ve claramente que ésta era la única preocupación de su vida.

Sor Faustina era diligentísima en la práctica de la caridad con los pobres y necesitados en cuanto se lo permitía su regla, y lo hacía con tanto celo y prontitud, que Nuestro Señor manifestó, de un modo milagroso, su complacencia por estos actos de caridad. En particular, procuraba salvar a los pecadores, ayudar a los moribundos y aliviar a las almas del Purgatorio.

I. LOS MORIBUNDOS.—¡Cuántos de estos pobrecillos se encuentran en peligro de condenarse! Procurar la salvación eterna de su alma es la mayor obra de caridad que se les puede hacer. Sor Faustina dejó escrito: *«Muchas veces asisto a las almas de los agonizantes y pido para ellas la confianza en la Divina Misericordia. Ésta, frecuentemente alcanza al pecador en los últimos momentos de manera tan admirable y milagrosa que le hace volver a Dios y así obtiene su perdón. ¡Cuán insondable es la Misericordia Divina!»* *«Muchas veces -prosigue- me encuentro con los pobres moribundos, en relación con ellos; el Ángel de mi Guarda me mueve a hacer esto».* Y acontece que, a veces, los agonizantes se encuentran a miles y miles de leguas de distancia de Sor Faustina. *«Entonces -continúa la Santa- el Señor acorta las distancias y con una iluminación extraordinaria que me da, se me presentan los moribundos como si estuvieran junto a mí espiritualmente; continúo rogando hasta que siento calma en mi alma, señal de que el alma del moribundo está ya en paz con Dios».*

«Con frecuencia he tenido confirmación de que la agnía extrema del moribundo empezaba cuando me sentía movida a orar».

Estaba convencida que la Coronilla de la Divina Misericordia ayuda de un modo especial a los agonizantes: **«Reza la Coronilla que te he enseñado»**, le decía una voz interior; y luego experimentaba cómo la fuerza de la Divina Misericordia se enseñoreaba del moribundo.

Ansiosa de salvar a los moribundos de su condenación eterna, las peticiones de Sor Faustina eran verdaderamente audaces. El viernes, 8 de diciembre de 1937, durante la Misa, sintió de un modo especial la presencia del Señor. Cuando terminó la Misa, con gran confianza hizo la siguiente oración: *«Jesús, Te ruego, por la grandeza infinita de tu Misericordia, que las almas de todos los que hoy han de morir, aunque fuesen grandes pecadores, escapen del fuego del infierno. Hoy es viernes, día de la conmemoración de tu Agonía en la Cruz, y siendo tu Misericordia infinita e inmensa, los ángeles no se maravillarán de ello»*. Jesús la estrechó contra su Corazón y le dijo: **«Amada hija, has entendido bien la profundidad de mi Misericordia... cosa grande pides: con todo, lo haré como deseas»**.

II. LAS ALMAS DEL PURGATORIO.—Sor Faustina tenía para con las almas del Purgatorio un corazón lleno de verdadera piedad y misericordia. Sabiendo bien que se les olvida en sus grandes sufrimientos, postrábase ante la Misericordia Divina y ofrecía por ellas sus plegarias y padecimientos; y Dios permitía que las mismas almas le pidieran oraciones y luego le informaban del alivio obtenido por ellas, o de que gozaban ya de felicidad eterna.

III. LOS PECADORES.—La conversión y salvación de los pecadores era su gran anhelo. Jesús quiso que el co-

razón de Sor Faustina fuera semejante al suyo, compasivo e inflamado de Misericordia «Hoy (25-III-1938) he visto a Jesús sufriendo e inclinándose hacia mí; díjome estas palabras: «Hija mía, ayúdame a salvar a los pecadores». Al punto penetró en mi alma el fuego de la caridad por la salvación de las almas. Cuando volví en mí, sabía bien cómo debía salvarlas y me preparé para grandes sufrimientos... Hoy aumentó el dolor; además he sentido las heridas de los pies, de las manos y del costado... Me di cuenta de la rabia del enemigo de las almas; mas no se atrevió a tocarme». Obtenía la salvación de muchos pecadores con sus sufrimientos y con su oración, llena de admirable sencillez y de inmensa confianza.

«Esta mañana (16-XI-1937) -escribía Sor Faustina- después de haber hecho mis ejercicios espirituales, empecé unas labores de ganchillo. Dábame cuenta, que Jesús reposaba en mi corazón; esta profunda y dulce persuasión de la presencia de Dios... movíome a la presente oración: «Oh Santísima Trinidad que habitas en mi corazón. Te ruego que concedas la gracia de la conversión a tantas almas, cuantos serán los puntos que haré con este ganchillo».

Como respuesta a esa oración, escuchó interiormente las siguientes palabras: «Hija, tu petición es demasiado grande...

—«Jesús, para ti es más fácil dar mucho que poco»...

—«Mas toda conversión pide un sacrificio».

—«Te ofrezco este mi trabajo».

—«¿No te parece que es poco en comparación de tan gran número de almas?»

—Pero tú, Jesús, durante treinta años, con un trabajo

semejante, has procurado la salvación de las almas. Y ya que la obediencia me prohíbe hacer grandes penitencias y mortificaciones, ruégote, Señor, aceptes estas pequeñas bendecidas por la obediencia, como si fueran gran cosa».

Al punto, oyó interiormente en su alma: «Hija, tu oración es despachada favorablemente».

Bien podemos considerar estos hechos como prelude de la gran misión que el Señor dio a Sor Faustina cuatro meses antes de su muerte. Corrían los primeros días de Junio de 1938, Sor Faustina se encontraba gravemente enferma en un hospital de Cracovia. El Salvador, a la vez que con grandes padecimientos, la favorecía con muchas gracias; entre éstas, una que puede llamarse el «Testamento de la Misericordia». Otra vez más, el Señor le presenta la grandeza de su Misericordia. **«Has de saber hija mía -le dice- que mi Corazón es la misma Misericordia. De este mar de misericordia se difunden las gracias a todo el mundo. Ningún alma que a mí se acerque quedará sin consuelo. Toda miseria desaparece en el abismo de mi Misericordia, y todas las gracias brotan de esta fuente de salvación».**

Hemos visto cómo el Salvador manifestó solemnemente a su humilde sierva el poder de su Divina Misericordia; ahora veremos cómo la iluminó acerca de la naturaleza de la íntima relación que ella debía tener con la Divina Misericordia. Dícele: **«Hija mía, deseo que tu corazón sea el asiento de mi Misericordia. Deseo que esta Misericordia se difunda por toda la tierra a través de tu corazón. Quien se acerque a ti que no se aleje sin esta confianza en mi Misericordia, que yo tanto anhelo ver en las almas».**

De aquí se deduce que Jesucristo escogió a Santa Faustina para una grande e importante misión, que incluye:

1) Que Jesús desea que Sor Faustina sea la distribuidora de la Divina Misericordia.

2) Que es deseo de Nuestro Señor que las almas se acerquen a ella para por su medio obtener su Divina Misericordia.

3) Que Jesucristo quiere hacer del corazón de Santa Faustina el templo de su Divina Misericordia.

Todo esto debe inspirar a las almas gran confianza en la intercesión de esta santa religiosa para obtener la Divina Misericordia. Podemos estar seguros, que, según los deseos del Salvador, Sor Faustina, cumplirá la misión especial que el Señor le ha encomendado de extender la devoción a la Divina Misericordia, no sólo en esta vida, sino también en la otra. Por eso escribe en su diario: **«Estoy convencida que mi misión no terminará con la muerte; entonces empezará. Oh almas, no lo dudéis: yo os correré el velo que os impide ver el cielo y os convenceré de la gran bondad de Dios, con el fin de que no traspaséis más el Corazón dulcísimo de Jesús con la incredulidad; DIOS ES AMOR Y MISERICORDIA».**

V. MEDIOS PARA ALCANZAR ESTE FIN

El Divino Salvador desea ardientemente que en la humanidad actual se despliegue una nueva corriente de piedad, un gran retorno a Dios, una conversión tal que la pueda salvar. Este retorno o conversión debe consistir en reconocer el grave error cometido alejándose de Dios, fuente única de paz y de felicidad.

El Señor quiere que la humanidad, reconociendo su miseria y a la vez su culpa, se vuelva con humilde y profunda confianza a su infinita Misericordia, esperando de Él la propia salvación. Se diría que de este amplio y sincero recurso a la Misericordia Divina, va a depender la salvación de la humanidad de la gravísima ruina que la amenaza.

Tal es el significado de estas palabras del Divino Salvador a Santa Faustina: *«La humanidad no hallará paz hasta que se vuelva con confianza a la Divina Misericordia».*

Para obtener con más eficacia este gran retorno a Dios, ya sea en cada corazón, ya en las naciones, el Salvador presenta como medio una gran devoción a su Divina Misericordia.

Dicha devoción ha de ser, sobre todo, interna; es decir, que brote del corazón, de la voluntad del alma penitente y arrepentida por los pecados cometidos y con propósito verdadero de cumplir los mandamientos de la Ley de Dios y llena de confianza en la infinita Misericordia Divina. Además de este espíritu interior, sin el cual la devoción sería vana, Jesús nos indica algunos medios exteriores, mediante los cuales, como por un canal, quiere Él distribuir los tesoros de su Misericordia:

a) La imagen de Jesús Misericordioso

Esta imagen es como el símbolo elocuente de la nueva devoción descrita anteriormente. Esta imagen característica es muy apta para evocar, en el alma de quien la mira, como un llamamiento de la inexhausta Misericordia Divina; y en el corazón, un sentimiento de gran confianza.

Se han estampado de ella centenares de miles en diferentes países, y se han acuñado casi otras tantas medallitas representando la misma imagen, obteniendo con ello de un modo maravilloso, abundantes gracias espirituales y temporales.

b) La fiesta de la Divina Misericordia

El divino Salvador quiere, no obstante, que ese retorno abarque no solamente los individuos y las familias, sino también todas las naciones y toda la humanidad.

A tal objeto, por medio de su confidente, pide la institución de una nueva fiesta, determinando el día de ella: *«Deseo que el primer domingo después de Pascua se celebre la Fiesta de la Misericordia».*

En la historia de la Iglesia Católica se encuentran muchas solemnidades que fueron establecidas a causa de revelaciones privadas. Entre otras, la fiesta del Corpus Christi, instituida debido a las revelaciones de Santa Juliana de Montcornillon; la del Sagrado Corazón de Jesús como consecuencia de las revelaciones de Santa Margarita María Alacoque...

Entre las fiestas de la Santísima Virgen, cabe citar: la fiesta del Carmen, la de Nuestra Señora de Lourdes y la del Inmaculado Corazón de María, esta última instituida en todo el mundo por el Pontífice Pío XII, después de las prodigiosas apariciones de la Santísima Virgen de Fátima.

En lo referente a la nueva devoción a la Divina Misericordia, el Salvador desea que su fiesta tenga importancia vital. Con esta fiesta se obtendrán grandes privilegios y gracias... Escuchemos las palabras de Jesús a Sor María Faustina: *«Hija mía, habla a todo el mundo de mi incon-*

mensurable Misericordia. Deseo que la Fiesta de la Misericordia sea la salvación y el refugio de todas las almas, más particularmente de los pobres pecadores. En ese día se abrirán las puertas de mi Misericordia; derramaré todo el océano de mis gracias sobre las almas que se acerquen a la fuente de mi Misericordia. El alma que aquel día confesare y comulgare, obtendrá remisión completa de las culpas y de las penas. Que nadie tema acercarse a Mi, aun cuando sus culpas fuesen las más atroces. Esta fiesta, nacida de lo íntimo de mi Misericordia, queda confirmada en sus profundidades... Deseo que se celebre solemnemente el primer domingo después de Pascua». (S.S. Juan Pablo II, concedió indulgencia plenaria para ese día)

Vemos, pues, que Jesucristo desea ardientemente la institución de dicha festividad; luego, que al igual que aquella de su Sagrado Corazón establecida en determinado día, es decir, el primer viernes después de la octava de Corpus, así igualmente para la festividad de la Misericordia establece un determinado día: el **Segundo Domingo de Pascua**.

En el año 1995 fue ya instituida oficialmente la Fiesta en Polonia, ya que así la solicitaron sus obispos.

Desde varios países y también desde España se enviaron miles de firmas al Santo Padre solicitándola, pero éste deseaba que se la solicitaran los obispos de cada país. Por ese motivo pasaron algunos años hasta que al fin los deseos de Jesús se cumplieron y el Santo Padre Juan Pablo II, el día 30 de abril del año 2000, Año Santo Jubilar, instituyó oficialmente para la Iglesia Universal, la Fiesta de la Divina Misericordia, situándola en el segundo Domingo de Pascua de Resurrección.

(Decreto del 5 de mayo del 2000)

c) Algunas prácticas de piedad

En los escritos de Santa Faustina encontramos todavía otros medios para propagar y profundizar en la devoción a la Divina Misericordia. Según el «Diario» de Sor Faustina, le fueron propuestos y ordenados por el mismo Salvador y merecen, por consiguiente, de un modo particular, nuestra atención:

Son los siguientes: *la Coronilla, la Novena a la Divina Misericordia y la «Hora de la Misericordia».*

LA CORONILLA A LA DIVINA MISERICORDIA

El día 13 de septiembre de 1935, Sor Faustina tuvo una visión. En ella vio un Angel, ejecutor de la justicia divina. En sus manos tenía relámpagos y rayos. Viendo esta señal de la indignación de Dios que debía herir la tierra, más especialmente en determinada parte, Sor Faustina empezó a pedir al Angel que tuviera piedad, a pesar de que comprendía que en presencia de la ira de Dios su oración no podía tener eficacia... Entonces vio a la Santísima Trinidad en el resplandor de su inconmensurable Santidad.

En el mismo instante, la humilde religiosa experimentó dentro de sí las palabras con las cuales, con fuerza insólita, empezó a implorar socorro por el mundo. ¡Oh prodigio! Ante aquella oración el Angel se sintió desarmado y no pudo cumplir ya su obra de justo castigo...

He aquí las palabras con las cuales se había ofrecido a Dios reparación: *«Padre Eterno, te ofrezco el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de tu Amado Hijo y Señor Nuestro, Jesucristo, en expiación de nuestros pecados y los de todo el mundo. Por su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero....».*

Al día siguiente, cuando iba a la capilla, sintió interiormente esta recomendación: *Cada vez que entres en la capilla reza en seguida la oración que ayer yo te enseñé*». Después oyó todavía detrás de sí estas palabras:

«Esta oración sirve para aplacar la indignación de Dios. Tú la recitarás durante nueve días seguidos sirviéndote del rosario, de la manera siguiente: En primer lugar reza un Padrenuestro, Avemaría y Credo; después en las cuentas separadas dirás: Padre Eterno, te ofrezco... (como te he enseñado), y en las diez restantes repites: «Por su dolorosa Pasión ten misericordia de nosotros y del mundo entero». Al final dirás tres veces: «Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros y del mundo entero».

He aquí cómo nació la Coronilla de la Misericordia.

Ella tiene para nosotros varias enseñanzas; o sea que las maldades de los hombres atraen y concentran sobre el mundo los castigos de Dios; que en la ejecución de estos castigos toman parte los Espíritus Celestes y, por fin, que las almas justas pueden mucho para alejar los azotes de Dios, si nosotros invocamos la Divina Misericordia.

Que dicha práctica de piedad sea querida por Jesús, lo certifican las promesas hechas a Santa María Faustina: *«Reza continuamente la Coronilla que te he enseñado. Yo circularé de gran Misericordia a los que la reciten ya sea durante la vida, ya, más particularmente, en la hora de la muerte. Que los sacerdotes la recomienden a los pecadores como última tabla de salvación... Deseo que todo el mundo conozca mi Misericordia. Otorgaré inmensas gracias a las almas que confíen en Ella...».*

«Cuando la recen los pecadores empedernidos, colmaré sus almas de paz y la hora de su muerte será feliz».

**«LAS ENTRAÑAS DE MI MISERICORDIA, SE CONMUEVEN
POR QUIENES REZAN ESTA CORONILLA.»**

«Cuando se reze esta Coronilla junto a los moribundos, me pondré entre el Padre y el alma agonizante, no como Juez justo sino como Salvador misericordioso.»

LA NOVENA A LA DIVINA MISERICORDIA

Dicha Novena ha de vincularse de una manera particular a la Fiesta de la Divina Misericordia.

He aquí lo que escribe Sor Faustina: *«La Novena a la Divina Misericordia, que Jesús me mandó escribir y rezar antes de la fiesta de la Misericordia, empieza el Viernes Santo».*

El Señor le reveló sucesivamente con qué fines había de hacerse dicha Novena. Estos son dignos del amantísimo Corazón del Salvador y ventajosos en extremo para nosotros. *«Deseo que tú, durante estos nueve días, atraigas las almas a la fuente de la Misericordia, a fin de que saquen de ella gran fortaleza, fervor y todas las gracias que les son necesarias en los trabajos en esta vida y en particular en la hora de la muerte. Cada día traerás a mi Corazón grupos de almas que sumergirás en el Océano de mi Misericordia... Esta es tu obra, que deberás cumplir en esta vida y en la otra... Cada día rogarás a mi Padre, mediante mi dolorosa Pasión, para obtener gracia a dichas almas.»*

Consideramos atentamente estas palabras: *«Esta es tu obra, en esta vida y en la otra...»* Según estas palabras parece claro que el Señor quiere hacer de Sor María Faustina una intermediaria para con su Divina Misericordia, no solamente en este mundo, sino también en la eternidad, prometiendo la eficacia extraordinaria de su intercesión.

Sor Faustina dijo con sencillez al Salvador: *«No sé cómo hacer esta Novena; no sé qué almas he de introdu-*

cir por primera vez, ni de qué manera, en tu corazón bondadosísimo». El Señor le enseñó entonces que el primer día debería introducir toda la humanidad, más particularmente a los pecadores; el segundo día las almas de los sacerdotes y de los religiosos; el tercer día las almas devotas y fieles; el cuarto, los paganos y los que no le conocen; el quinto, los hermanos separados de la Iglesia Católica; el sexto día, las almas mansas y humildes, y al propio tiempo las almas pequeñas y sencillas como niños; el séptimo, las almas que más particularmente honran y exaltan la Misericordia de Dios; el octavo, las almas cautivas en el Purgatorio; el noveno día, las almas tibias e indiferentes.

La Novena de la Divina Misericordia se puede practicar en cualquier época del año; pero, según el deseo del Salvador, ella adquiere toda su especial significación si se empieza el Viernes Santo «Jesús me ha mandado -escribe Sor Faustina- hacer la Novena antes de la Fiesta de la Misericordia, y hoy, Viernes Santo, debo empezarla para obtener la conversión del mundo entero (son sus palabras) y para dar a conocer la Divina Misericordia, a fin de que todas y cada una de las almas alaben su bondad». *«Deseo la confianza de mis criaturas...»* dice Jesús- *«El alma débil no tema acercarse a Mí; aunque sea pecadora y que hubiese cometido más pecados que arenas tiene el mar, todo desaparecerá en el abismo de mi Misericordia».*

En el año 1937, después de haber hecho la Novena de la Misericordia, el alma de Sor Faustina quedó arrobada en éxtasis: *«Mi alma fue sumergida en una beatitud infinita. El Señor me permitió conocer todo el océano de su*

Misericordia. ¡Oh si las almas quisiesen comprender cuánto las ama Dios! Toda comparación, por grande que sea, no es más que pálida sombra respecto a la realidad.*

En el Diario de Sor Faustina encontramos también muchas otras oraciones llenas de confianza y de amor hacia la Divina Misericordia. Las Letanías de la Misericordia han sido compuestas a base de dichas oraciones.

VI. INVITACIÓN Y PROMESAS

Nuestro corazón puede llegar a ser desinteresado e indiferente; pero ante la presencia en él de deseos contradictorios, de grandeza y de impotencia, busca quien venga en su ayuda. El Salvador conoce perfectamente este abismo y miseria del corazón humano; por esta razón sabe tocar las fibras más sensibles del interés... Cuando no basta esto, entonces Él mismo viene en socorro del corazón humano con las promesas más preciosas de su Divina Misericordia.

Jesús conoce bien la miseria de cada alma; conoce la gran miseria de la humanidad entera. Sabe que sin el recurso a la Divina Misericordia, ni cada una de las almas ni la humanidad entera podrían curarse de males. Y su Corazón está lleno de esta Misericordia, hasta el punto de sufrir los más sensibles tormentos cuando no puede verter su caudal sobre los corazones humanos, porque los hombres no se vuelven hacia Él y ni siquiera quieren recibirlo. Por este motivo Jesús nos dirige las siguientes quejas e invitaciones por medio de Sor Faustina: *«Hija mía, las llamas de la Misericordia me abrasan... Quisiera verterlas sobre las almas humanas... ¡Grande es el dolor que me aflige cuando ellas no quieren recibirlas...! Hija mía, díles*

que Yo soy el Amory la Misericordia... Empléate con todas tus fuerzas en la difusión del culto a mi Misericordia. Yo supliré lo que te falta para el feliz éxito de la obra... ;Habla al mundo de mi Misericordia, a fin de que toda la humanidad conozca su inmensa grandeza! Esta es mi señal para los últimos tiempos, después vendrá el día de mi justicia... Mientras tienen tiempo, que los hombres acudan a la fuente de mi Misericordia. ;Que el pecador no tenga temor de acercarse a Mí.! Deseo que los sacerdotes proclamen la grandeza de mi Misericordia hacia las almas pecadoras...».

He ahí solamente algunas de las muchas invitaciones que encontramos en el Diario de Sor Faustina. En él leemos también preciosas promesas hechas por Jesús a los devotos de su Misericordia.

«Prometo -dice el Salvador- que el alma que venere esta imagen de la Misericordia no se perderá... Le prometo también sobre la tierra la victoria sobre sus enemigos en particular en la hora de la muerte. Yo el Señor la protegeré como a mi gloria».

«Los rayos de mi Corazón significan Sangre y Agua y protegen a las almas de la ira de mi Padre... Bienaventurado el que vive a su sombra ya que no le alcanzará la mano de la Justicia Divina... Protegeré durante toda su vida cual madre a su hijo pequeño a las almas que propagaren el culto a mi Misericordia; en la hora de la muerte no seré para ellas Juez sino Salvador. En aquella última hora no hay para el alma más que una sola protección: MI MISERICORDIA... Feliz el alma que durante su vida se sumergió en el manantial de mi Misericordia porque la Justicia entonces no podrá alcanzarla. ...».

«LA HUMANIDAD NO ENCONTRARA LA PAZ HASTA QUE SE VUELVA CON CONFIANZA A MI MISERICORDIA».

«DI A LA HUMANIDAD DOLIENTE QUE SE REFUGIE EN MI CORAZÓN MISERICORDIOSO Y YO LA INUNDARÉ DE PAZ...».

VII. A LOS DEVOTOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

No hay dificultad en comprender qué relaciones existen entre la devoción que Jesús ha enseñado recientemente a Santa Faustina y el culto a su Sagrado Corazón, oficialmente ya hace tiempo aprobado por la Iglesia.

En breves palabras se puede decir que la devoción a Jesús Misericordioso complementa la gran revelación hecha por el Corazón Divino, hace ya tres siglos, a su humilde discípula santa Margarita María Alacoque.

De hecho, uno de los grandes fines de la devoción al Sagrado Corazón es dar a conocer a la pobre humanidad su inmenso Amor, y el dolor que le causa la frialdad de las almas, por las que pide reparación, en especial los primeros viernes de mes y la Hora Santa. Ahora bien, la devoción a Jesús Misericordioso hace gran hincapié en la MISERICORDIA DE ESE CORAZÓN Y EN LA CONFIANZA: *«La falta de confianza lastima mis entrañas...»* *«Yo deseo la confianza de mis criaturas. Estimula a las almas a poner gran confianza en mi insondable Misericordia. Que las almas débiles y pecadoras no teman acercarse a mí».*

Y en este contexto debemos citar a Santa Teresita del Niño Jesús, Doctora de la Iglesia, ya que el Camino de la Infancia Espiritual es apropiadísimo para la espiritualidad de la Divina Misericordia, aconsejamos a todos los devotos informarse sobre este camino evangélico*.

También insiste en el deseo ardiente de Jesús de que adoremos e imploremos asiduamente la Misericordia de su corazón, *«LAS LLAMAS DE LA MISERICORDIA ME ABRASAN»*

* Libro: «Mi vocación es el amor» Ed. Espiritualidad. C/ Triana, 9. 28016 Madrid.

De este Corazón, como lo indica la imagen querida por Jesús mismo, salen los rayos que simbolizan la preciosísima Sangre y Agua, objeto de un culto particular en la nueva devoción.

A ese Corazón, deben dirigirse, como a la Fuente de todos los favores y gracias.

He aquí una jaculatoria prodigiosa que el Señor enseñó a Sor Faustina:

“ ¡Oh Sangre y agua que brotaste del Corazón de Jesús como manantial de Misericordia para nosotros, en Ti confío! ” (esta oración es apropiada para rezar a las 3,00 de la tarde) a ella vinculó la siguiente promesa: **“Apela a mi Misericordia para los pecadores, deseo su salvación. Cuando reces esta oración con corazón contrito y con fe por algún pecador, le concederé la gracia de la conversión”**

La devoción a Jesús Misericordioso, más que en su parte afectiva, se manifiesta, sobre todo, en su parte efectiva... Del mismo modo que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús lleva a la imitación de sus virtudes, así también en la Devoción a Jesús Misericordioso somos atraídos a imitarle en su misericordia hacia el prójimo. Misericordia que se concreta en el perdón de las injurias, en la ayuda prestada a toda clase de indigentes (pecadores, ignorantes, pobres, enfermos, etc.).

Además merecemos también que se realicen en nosotros las promesas hechas por Jesucristo en el Evangelio, cuando

dice: *«Bienaventurados los misericordiosos; bienaventurados los pacíficos...»*. Y si es verdad que nosotros mismos tenemos mucho que satisfacer por nuestros pecados, estos actos de misericordia que hiciéremos nos alcanzarían completo perdón de nuestras culpas, como manifiesta el Apóstol Santiago: *«La caridad cubre la multitud de los pecados...»* .

VIII. MARÍA SANTÍSIMA Y LA NUEVA DEVOCIÓN

Santa Faustina se vio varias veces favorecida con visitas de la Santísima Virgen. Citemos solamente la visión del 25 de marzo de 1936, comparándola con aquéllas de Nuestra Señora de la Salette, de Lourdes o de Fátima.

El día de la Anunciación de María, durante la meditación de la mañana, Sor Faustina fue penetrada por la presencia de Dios con singular conocimiento de su inmensa Majestad y del inaudito anonadamiento hacia las criaturas en el Misterio de la Encarnación, que aquél día se solemnizaba. Luego se le apareció la Madre de Dios, quien le expresó su complacencia por aquellas almas que siguen fielmente las inspiraciones de la gracia... Después se dirigió a Santa Faustina con las siguientes palabras, las cuales, al mismo tiempo que son para ella de gran alabanza, manifiestan la gran importancia de la devoción a la Divina Misericordia en nuestros días: *«Yo he dado al mundo el Salvador, tú has de hablar de su Gran Misericordia y prepararlo para su segunda venida. El vendrá, no como Salvador Misericordioso, sino como justo Juez. Aquel día terrible será Día de Justicia, día de la ira de Dios; en aquel día los mismos ángeles temblarán... »*.

«Habla a los hombres de la Gran Misericordia de Jesús, en tanto es tiempo de Misericordia. Si ahora tú callas, en aquel día tremendo deberás dar cuenta de un gran número de almas... No temas nada, sé fiel hasta el fin».

IX. NUESTRO DEBER

Si el cielo nos habla de este modo y nos ofrece don tan espléndido, debemos comprender que nuestro deber es el de buscar con todas nuestras fuerzas y sin descanso el conocimiento y la difusión de esta devoción; en primer lugar, en nuestros corazones; y propagarla después en torno a nosotros, de un modo especial entre las almas descarriadas, las cuales tienen más necesidad de la Divina Misericordia.

Sobre nosotros pesa el deber y la gloriosa empresa de trabajar en la salvación de las almas por medio de la Divina Misericordia.

Todos los hombres de todo el mundo deben escuchar esta amonestación de Jesucristo: **«LA HUMANIDAD NO HALLARA PAZ HASTA QUE SE VUELVA CON CONFIANZA A LA DIVINA MISERICORDIA».**

Nosotros, devotos de Jesús Misericordioso, debemos elevar al cielo fervientes preces, a fin de **que la humanidad escuche esta gran advertencia** y siga, con todas sus fuerzas, la siguiente invitación del Salvador:

«DI A LA HUMANIDAD DOLIENTE QUE SE REFUGIE EN MI CORAZÓN MISERICORDIOSO, Y YO LA COLMARÉ DE PAZ...»

X. LA HORA DE LA GRAN MISERICORDIA

(LAS TRES EN PUNTO DE LA TARDE)

Mediante una visión, Santa Faustina vino a saber que Dios bendecía la tierra en atención a su Hijo. Escribió: *Vi una gran luz con Dios Padre en el centro. Entre esta luz y la tierra vi a Jesús clavado en la Cruz de tal forma que Dios, deseando mirar hacia la tierra, tenía que hacerlo a través de las heridas de Nuestro Señor.*

La devoción que más agrada a Nuestro Señor es la veneración de su Pasión en aquel instante en que tuvo lugar su muerte redentora en la Cruz. Por la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, tuvimos acceso al Reino de Dios. Qué amor debería inundar nuestros corazones y con qué presteza deberíamos acudir a la llamada de Nuestro Señor, que dijo a Sor Faustina:

«A las tres de la tarde suplica mi Misericordia, especialmente para los pecadores; y aunque sea por un brevísimo instante, absórbete en mi Pasión, en particular en mi desamparo en el momento de mi agonía. Este es el momento de la gran misericordia hacia el mundo. En tal hora nada le será negado al alma que me lo pida, por los méritos de mi Pasión».

Más tarde, Jesús dijo:

«Te recuerdo, hija mía, que en el mismo instante en que oigas dar la tercera campanada te dejes invadir por mi Misericordia, adorándola y glorificándola; invoca su omnipotencia para todos los habitantes del planeta, y en especial para los pobres pecadores; porque en ese instante todo el caudal de la Divina Misericordia se derramó sobre el mundo. Todo lo que pidas, para ti y para los demás, te será concedido; en aquella precisa hora, la gracia descendió a los hombres, la misericordia triunfó sobre la justicia.

Hija mía, intenta por todos los medios seguir las Estaciones del Via-Crucis en esta hora, siempre que te lo permitan tus obligaciones; y si no puedes, entra al menos en la capilla un momento y venera, en el Santísimo Sacramento, mi Corazón inundado de Misericordia; y si ni siquiera puedes entrar en la capilla, recógete en oración allí donde quiera que te encuentres, aunque sea por una décima de segundo...».

Oración para rezar a las 3,00 de la tarde:

“Jesús crucificado, por los méritos de tu dolorosa pasión y muerte, por el desamparo y la agonía que sufriste en la cruz, por el dolor de tu Santísima Madre, escucha nuestras súplicas y ten misericordia de nosotros y del mundo entero”.

XI. INSTRUCCIONES A LOS DEVOTOS DE LA DIVINA MISERICORDIA

Los devotos de Jesús Misericordioso deben:

- 1) Venerar en su habitación la imagen de Jesús Misericordioso, consagrarse enteramente a Él y a Él acudir en todas sus necesidades.
- 2) Leer y meditar el Evangelio y cumplirlo.
- 3) Vivir bajo los rayos de la gracia de Jesús Misericordioso, teniendo especial cuidado en adquirir la verdadera humildad, la pureza de corazón y la caridad. Consagrarse al Corazón de María Santísima.
- 4) Practicar la misericordia hacia el prójimo por medio de las obras de misericordia corporales y espirituales, trabajando para convertir a los pecadores, ayudar y consolar a los pobres, afligidos y enfermos. **«Si el alma no actúa misericordiosamente no podrá contar con mi Misericordia hasta el día del juicio».**

- 5) Unir a las oraciones diarias la jaculatoria: **«Jesús, en Ti confío»** (200 días de indulgencia); los que tengan tiempo, especialmente los enfermos, recen la Coronilla de la Divina Misericordia y la Novena que empieza el Viernes Santo. Y siempre que puedan, a las 3 de la tarde, aunque sea por breves segundos, ofrecer al Padre los sufrimientos de Jesús Crucificado en expiación de nuestros pecados y por los del mundo entero.
- 6) Repetir frecuentemente la jaculatoria enseñada por Jesús a Sor Faustina: **«Oh Sangre y Agua que brotasteis del Corazón de Jesús, fuente de Misericordia para nosotros, confío en Ti»**.
- 7) Los devotos de la Divina Misericordia han de ser almas eucarísticas y procurar mucha honra y gloria a este Sacramento de Amor, ya que **«La Eucaristía es el centro del culto que rendimos al AMOR MISERICORDIOSO DE CRISTO, manifestado en su Sagrado Corazón»** (Juan Pablo II en Montmartre). Deben, pues, procurar participar con frecuencia del Sacrificio de la Misa y acercarse también al Sagrario para adorar y orar a JESÚS-EUCARISTÍA, y procurar que en muchas iglesias se dé culto de adoración a tan augusto Sacramento.
- 8) Recomienden los sacerdotes la devoción a la Divina Misericordia, como última tabla de salvación para los pecadores... **«Deseo que todo el mundo conozca mi Misericordia»**. (Palabras de Jesús a Santa Faustina).

«Protegeré, como una madre protege a su hijito, a las almas que durante su vida difundan el culto a mi Misericordia».

«VENID A MÍ TODOS LOS QUE ESTÁIS FATIGADOS Y AGOBIADOS, QUE YO OS ALIVIARÉ, TOMAD SOBRE VOSOTROS MI YUGO Y APRENDED DE MÍ QUE SOY MANSO Y HUMILDE DE CORAZÓN Y HALLARÉIS DESCANSO PARA VUESTRAS ALMAS PUES MI YUGO ES BLANDO Y MI CARGA ES LIGERA» (Evangelio Mt. 11, 28-30)

DEL DIARIO DE SANTA FAUSTINA

«No tengas miedo, alma pecadora, de tu salvador; Yo soy el primero en acercarme a ti, porque sé que por ti misma no eres capaz de ascender hacia mí. No huyas de tu Padre. Habla a solas con tu Dios de la Misericordia que quiere decirte personalmente, palabras de perdón. Él desea colmarto con sus gracias. Oh, cuánto me es querida tu alma. Te he asentado en mis brazos. Y te has grabado como una profunda herida en mi Corazón».

«¿Por qué tienes miedo del Dios de la Misericordia? Mi santidad no me impide ser misericordioso contigo. Mira, alma, por ti he insituido el trono de la misericordia en la tierra y este trono es el tabernáculo y de este trono de la misericordia deseo bajar a tu corazón. Mira, no me he rodeado ni de séquito ni de guardias, tienes el acceso a mí en cualquier momento, a cualquier hora del día deseo hablar contigo y deseo concederte gracias.»

«Jamás rechazaré un corazón arrepentido, tu miseria se ha hundido en el abismo de mi misericordia. ¿Por qué habrías de disputar conmigo sobre tu miseria? Hazme el favor; dame todas tus penas y toda tu miseria y Yo te colmaré de los tesoros de Mis gracias».

2ª parte

DEVOCIONARIO

NOVENA DE LA DIVINA MISERICORDIA

PLEGARIA DE UNIÓN AL SACRIFICIO DE CRISTO JESÚS

oración primera para todos los días:

¡Señor, Dios, Padre Todopoderoso! Por medio del Corazón Inmaculado de María, yo te ofrezco a Jesús, tu Hijo muy amado, abrasado por el fuego del Espíritu Santo, con las alabanzas que te tributa, su acción de gracias, peticiones y expiaciones; para que el mismo Jesús sea mi alabanza ante el trono de tu majestad, mi acción de gracias por los beneficios que tu mano derrama, mi petición del auxilio necesario para no sucumbir a la tentación y hacer siempre tu santa voluntad, y mi expiación por todos mis pecados, negligencias y omisiones. No mires, Señor, mi gran indignidad, sino el precio infinito de lo que te ofrezco: tu mismo Hijo abrasado por el fuego del Espíritu Santo, y el medio por el que te lo ofrezco, el Inmaculado Corazón de María. Amén.

Esta plegaria reúne los cuatro fines del sacrificio de la Misa: la expiación, la petición, la acción de gracias y la alabanza. La expiación de los pecados cometidos, incluso de las negligencias en el divino servicio y de los deberes omitidos, comprende toda la deficiencia humana. También la petición del divino auxilio para hacer la voluntad de Dios y no sucumbir a las tentaciones abarca cuanto podemos y debemos pedir para provecho del alma. Nuestra expiación y súplica, al elevarlas al Padre en unión con las de Cristo Jesús como miembros suyos que realmente somos, consiguen infaliblemente su efecto. Propiamente hablando, es Jesús quien expía por nosotros y quien pide o suplica por nosotros. El

Padre no puede menos de agradarse infinitamente en esta expiación y petición de su Hijo muy amado.

El fin expiatorio y el impetratorio son propios del sacrificio de Cristo en cuanto se ofrece en el tiempo. CeSan en la Eternidad, después de la consumación de todas las cosas. Entonces sólo quedará la acción de gracias y la alabanza, el fin eucarístico y el fin latréutico. Un cántico de acción de gracias y de alabanza imperecedera será la vida eterna de los moradores del cielo. Jesús es quien en ellos y por ellos alaba y da gracias al Padre. Al ofrecer el sacrificio de nuestros altares, y en la unión espiritual al mismo, el alma cristiana debe hacer que Jesús sea su alabanza, su acción de gracias; Jesús, abrasado en el fuego del Espíritu Santo; Jesús ofrecido al Padre a través del medio excelentísimo del Inmaculado Corazón de María. De esta suerte comienza el alma ya en el tiempo su vida de Eternidad.

Con esta plegaria Cristo Jesús lo es todo en el cristiano, que encuentra en el sacrificio del Salvador su riqueza, su confianza, su apoyo y su gozo.

Día Primero

PALABRAS DE NUESTRO SEÑOR: «Hoy, tráeme la humanidad entera, especialmente a los pecadores y sumérgelos en el océano de mi Misericordia. Así endulzarás la amargura que tengo por la pérdida de las almas».

Oh Misericordioso Jesús, cuyas principales prerrogativas son la Misericordia y el Perdón, no mires nuestros pecados sino la esperanza que tenemos en tu infinita bondad; tómanos bajo la protección de tu Misericordioso Corazón a todos y no rechaces a ninguno. Te lo rogamos por el amor que te une al Padre y al Espíritu Santo, en la unidad de la Santísima e inescrutable Trinidad.

Y tú, oh Padre Eterno, mira con los ojos de tu Misericordia a toda la humanidad y, sobre todo, a los pobres hijos tuyos, cuya única esperanza es el Corazón Misericordioso de tu Hijo y Señor Nuestro, Jesucristo. Por los méritos de su dolorosa Pasión, derrama sobre nosotros tu misericordia, a fin de que glorifiquemos por todos los siglos tu bondad y tu omnipotencia. Amén.

-Una Coronilla

termina la novena con el
**ACTO DE CONSAGRACIÓN A
JESÚS MISERICORDIOSO**

Oh Jesús misericordioso, tu bondad es infinita y los tesoros de tu gracia son inagotables. Me abandono a tu Misericordia que sobrepuja a todas tus obras, me consagro enteramente a Tí, para vivir bajo los rayos de tu gracia y de tu Amor, que brotaron de tu Corazón traspasado en la Cruz. Quiero dar a conocer tu Misericordia por medio de las obras de misericordia corporales y espirituales, especialmente con los pecadores, consolando y asistiendo a los pobres afligidos y enfermos. Mas, tú me protegerás como cosa tuya, pues todo lo temo de mi debilidad y todo lo espero de tu Misericordia. Que toda la humanidad comprenda el abismo insondable de tu Misericordia, a fin de que poniendo toda su esperanza en ella, pueda ensalzarla por toda la eternidad. Amén.

Día Segundo

(Plegaria de Unión al Sacrificio de Cristo Jesús)

PALABRAS DE NUESTRO SEÑOR: «Hoy tráeme las almas de los sacerdotes y religiosos y sumérgelos en mi insondable Misericordia. Fueron ellos los que me dieron fuerza para soportar mi Dolorosa Pasión. Por medio de ellos, como a través de canales, mi Misericordia fluye sobre la humanidad».

Oh misericordioso Jesús, fuente de todo bien acrecienta la gracia en las almas de los sacerdotes y religiosos, a fin de que puedan cumplir con decoro y con frutos sus deberes en tu viña. Haz que ellos con la palabra y con el ejemplo conduzcan a todos los hombres a honrar a tu Divina Misericordia.

Y tú, oh Padre Eterno, mira con ojos de misericordia las filas de aquéllos que trabajan en tu viña, las almas de los sacerdotes, de los religiosos y religiosas que son objeto de la predilección especial de tu Hijo y Señor Nuestro, Jesucristo. Protégelos con la fuerza de tu bendición y concédeles tu luz, de manera que llenos de celo guíen a los fieles por el camino de la salvación y les transmitan tu Misericordia. Amén.

-Una Coronilla.

-Acto de consagración a Jesús Misericordioso.

Día Tercero

(Plegaria de Unión al Sacrificio de Cristo Jesús)

PALABRAS DE NUESTRO SEÑOR: «Hoy tráeme todas las almas fieles y piadosas; sumérgelas en el

océano de mi Misericordia. Ellas me han consolado a lo largo de la vía del Calvario; ellas fueron una gota de consuelo, en medio de un océano de amarguras».

Oh Misericordioso Jesús, que derramas sobre todos los hombres copiosas gracias que proceden del tesoro de la Divina Misericordia, acoge a todos los fieles cristianos bajo la protección de tu Corazón misericordioso y no rechaces a ninguno. Te lo rogamos por el Amor que te une con el Padre y el Espíritu Santo en la unidad de la santa e inescrutable Trinidad.

Y tú, oh Padre Eterno, mira con los ojos de tu Misericordia las almas de los fieles y, por la dolorosa Pasión de tu Hijo, dales tu bendición sosteniéndolos con tu constante protección. Haz que no pierdan jamás tu amor y el tesoro de la santa fe, sino que exalten tu Divina Misericordia, juntamente con el ejército de Angeles y Santos. Amén.

-Una Coronilla .

-Acto de consagración a Jesús Misericordioso.

Día Cuarto

(Plegaria de Unión al Sacrificio de Cristo Jesús)

PALABRAS DE NUESTRO SEÑOR: «Hoy tráeme a los que no creen en mí y a los que no me conocen todavía. En mi amarga Pasión he pensado también en ellos y su futuro fervor consolaba mi Corazón. Sumérgelos ahora en el océano de mi Misericordia».

Oh misericordioso Jesús, que eres la luz del mundo, acoge bajo la protección de tu Corazón Misericordioso

las almas de los paganos y de los infieles que todavía no te conocen. Haz que un rayo de tu gracia los ilumine, para que con nosotros, también ellos exalten las maravillas de tu Misericordia por toda la eternidad.

Y tú, oh Padre Eterno, mira con ojos de misericordia las almas de los paganos e infieles que no conocen aún el Corazón misericordioso de tu Hijo y Señor Nuestro, Jesucristo. Ilumínalas con la luz del santo Evangelio, a fin que comprendan la felicidad que es amarte y exaltar tu Misericordia por toda la eternidad. Amén.

-Una Coronilla .

-Acto de consagración a Jesús Misericordioso.

Día Quinto

(Plegaria de Unión al Sacrificio de Cristo Jesús)

PALABRAS DE NUESTRO SEÑOR: «Hoy tráeme las almas de los hermanos separados y sumérgelas en el océano de mi Misericordia. Son aquellas que en mi amarga agonía desgarraron mi Cuerpo y mi Corazón, es decir, mi Iglesia. Pero a medida que se reincorporan a ella, sanan mis heridas, y de este modo sirven de bálsamo a mi Pasión».

Oh misericordioso Jesús, que eres la misma bondad y no rehusas tu luz a quien confiando en ti la implora; toma, bajo la protección de tu misericordioso Corazón, las almas de los herejes y cismáticos, dales la luz de tu gracia a fin de que se incorporen al seno de la santa Iglesia para que junto con nosotros exalten tu liberalísima Misericordia por toda la eternidad.

Eterno Padre, mira con ojos de Misericordia las almas de aquéllos que están lejos de la verdadera fe y viven en el error, obstinándose en sus errores. No mires, Señor, su malicia; recuerda el amor de tu Hijo y su dolorosa Pasión, en el cual con tanto fervor te pedía: «Que sean todos una sola cosa... (Juan, 17, 12). Haz que estas almas vuelvan pronto a la santa Unidad, para que juntamente con nosotros glorifiquen tu Misericordia por los siglos de los siglos.

-Una Coronilla .

-Acto de Consagración a Jesús Misericordioso.

Día Sexto

(Plegaria de Unión al Sacrificio de Cristo Jesús)

PALABRAS DE NUESTRO SEÑOR: «Hoy tráeme las almas de los niños y de los mansos y humildes como ellos; sumérgelos en mi Misericordia. Se asemejan a mi Corazón y ellas son las que me dieron fuerza en mi dolorosa agonía. Las he visto entonces como ángeles terrestres, velando junto a mis altares. Sobre ellas derramo los ríos de mis gracias, porque sólo el alma humilde es capaz de recibir mi gracia. Honro a las almas humildes con mi Confianza».

Oh misericordioso Jesús, tú que me has dicho: «aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón», acoge bajo la protección de tu misericordiosísimo Corazón las almas de los niños, y de aquellos que, hechos mansos y humildes, se asemejan a ellos. Florezcan ante el Padre Celestial como flores perfumadas que alegren el cielo. Haz que estas almas permanezcan firmes en tu Corazón

y exalten tu Misericordia por toda la eternidad.

Y tú, oh Padre Eterno, mira con ojos de Misericordia a los niños y a las almas mansas y humildes que son más semejantes a tu amado Hijo y que con el perfume de sus virtudes alegran tu trono. Te rogamos, por el gozo que ellas te dan, les concedas tu bendición, extendiéndola al mundo entero, para así poder exaltar tu Misericordia por toda la eternidad. Amén.

-Una Coronilla .

-Acto de Consagración a Jesús Misericordioso.

Día Séptimo

(Plegaria de Unión al Sacrificio de Cristo Jesús)

PALABRAS DE NUESTRO SEÑOR: «Hoy tráeme las almas que honran y glorifican de manera particular mi Misericordia. Estas almas participan de los sufrimientos de mi Pasión y penetran más profundamente en mi Espíritu. Ellas son vivo reflejo de mi Corazón Misericordioso. En la eternidad estas almas brillarán con un resplandor particular y ninguna de ellas irá al infierno. Cada una tendrá mi asistencia en la hora de la muerte».

Oh Jesús misericordioso, tu Corazón lleno de compasión es el mismo Amor. Acoge bajo la protección de tu misericordioso Corazón a las almas que se han dedicado particularmente a la adoración de la Divina Misericordia, exaltando sus grandezas. Asiste a las almas que toman todas sus fuerzas de la gracia divina, y que unidas a ti, en el dolor y en la prueba quieren llevar sobre sus débiles hombros el enorme peso del mal que ha afligido

a la humanidad entera. Concédeles el don de la perseverancia, de la fortaleza y de la paciencia.

Y tú, oh Padre Eterno, mira con ojos de misericordia las almas de aquéllos que con especial celo la adoran, y que, con palabras y obras, te glorifican e imitan siendo misericordiosos con sus pobres hermanos; te rogamos concedas a estas almas, que, llenas de esperanza recurren a ti, la inmensa gracia de tu Misericordia, según tu promesa de «protegerlos en todas partes como tu propia gloria, siempre y especialmente en la hora de la muerte». Amén.

-Una Coronilla .

-Acto de consagración a Jesús Misericordioso.

Día Octavo

(Plegaria de Unión al Sacrificio de Cristo Jesús)

PALABRAS DE NUESTRO SEÑOR: «Hoy tráeme las almas que se encuentran en el Purgatorio y sumérgelas en el abismo de mi Misericordia, para que los torrentes de mi Sangre alivien sus sufrimientos. Todas estas pobres almas están en mi Corazón mientras satisfacen a la Justicia Divina. Vosotros tenéis la posibilidad de llevar a ellas un alivio. Saca todas las indulgencias del tesoro de mi Iglesia y ofrécelas por ellas. ¡Oh! si vosotros conocierais sus tormentos, no dejaríais de ofrecer a ellas la limosna de vuestras oraciones y de pagar sus deudas que tienen con mi Justicia».

Oh misericordioso Jesús, que has dicho: «Sed misericordiosos como lo es mi Padre que está en los cielos»; toma bajo la protección de tu Corazón misericordioso a

las almas del Purgatorio. Que los torrentes de Sangre y Agua que brotaron de tu Corazón misericordioso apaguen las llamas del Purgatorio, a fin de que también allí sea alabada la infinita potencia de tu Misericordia.

Y tú, oh Padre Eterno, mira con ojos de Misericordia a las pobres almas del Purgatorio; por la dolorosa Pasión de Jesucristo nuestro Salvador y por la amargura que en aquellas horas llenó su Sacratísimo Corazón demuestra tu Misericordia con aquéllos que están sujetos a tu justa cólera. Te rogamos mires a estas almas sólo a través de las llagas de tu amadísimo Hijo y Señor nuestro, Jesucristo, cuya Misericordia sobrepuja a la Justicia. Amén.

-Una Coronilla .

-Acto de Consagración a Jesús Misericordioso.

Día Noveno

(Plegaria de Unión al Sacrificio de Cristo Jesús)

PALABRAS DE NUESTRO SEÑOR: «Hoy tráeme las almas tibias y sumérgelas en el océano de mi Misericordia. Estas almas hieren más dolorosamente mi Corazón. En el Jardín de los Olivos, éstas me inspiraron la más grande repugnancia y me arrancaron este lamento: ¡Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad sino la tuya! (Lc. 22,24). Para ellas la última tabla de salvación es recurrir a mi Misericordia».

Oh misericordioso Jesús, que eres la Bondad misma, acoge bajo la protección de tu Corazón misericordioso a todas las almas tibias, que, semejantes a cadáveres en putrefacción, te llenaron de horrores en Getsemaní. Derrite el hielo

de estas almas con el fuego de tu purísimo Amor, para que puedan ellas exaltar tu Misericordia por toda la eternidad.

Y tú, oh Padre Eterno, mira con ojos de Misericordia las almas tibias, que en Getsemaní arrancaron al piadosísimo Corazón de tu Hijo el doloroso lamento: «Pase de mí este cáliz». Por la amarga Pasión de tu muy amado Hijo y Señor nuestro, Jesucristo, y por su agonía en la Cruz, te rogamos las inflames con nuevo celo por tu gloria; derrama en sus corazones el verdadero amor, para que, haciendo obras de misericordia aquí en la tierra, puedan exaltar tu Divina Misericordia por toda la eternidad. Amén.

-Una Coronilla.

-Acto de Consagración a Jesús Misericordioso.

LETANIAS DE LA DIVINA MISERICORDIA

(Tomadas del original latino del confesor de Sor Faustina, el abad Sopoćko)

Señor, ten Misericordia de nosotros.

Oh Cristo Jesús, ten Misericordia de nosotros.

Señor, ten Misericordia de nosotros.

Oh Cristo Jesús, óyenos.

Oh Cristo Jesús, escúchanos.

Dios, Padre celestial, ten Misericordia de nosotros.

Dios Hijo, Redentor del mundo, ten Misericordia de nosotros.

Dios Espíritu Santo, ten Misericordia de nosotros.

Santísima Trinidad, un solo Dios, ten Misericordia de nosotros.

Jesús, Rey de Misericordia, por quien fueron creadas todas las cosas: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que has redimido al mundo: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que nos has santificado: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que nos has revelado el misterio de la Santísima Trinidad: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que nos has manifestado la Omnipotencia de Dios: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que has creado los Angeles: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que de la nada nos has llamado a la existencia: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que abarcas todo el universo: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que nos has dado la vida inmortal: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que nos proteges de las penas merecidas: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que nos libras de la miseria del pecado: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que nos has confiado a la Santísima Virgen, Madre de Misericordia: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, motivo por el cual te encarnaste y sufriste pasión y muerte: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que asistes siempre y en cualquier parte a todos los hombres: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que nos previenes con tus gracias: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que nos has revelado los divinos misterios: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que nos has dado los Santos Sacramentos: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, por la cual nos socorriste con los sacramentos del Bautismo y de la Penitencia: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, por la cual nos sostienes con los Sacramentos de la Eucaristía y del Sacerdocio: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que la manifiestas en la conversión de pecadores: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que la patentizas iluminando a los infieles: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que la haces resplandecer en la santificación de los justos: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que brota de tus Santísimas Llagas: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, que nace de tu Santísimo Corazón: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, alivio de los enfermos y de los que sufren: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, consuelo de los afligidos: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, esperanza de los que desesperan: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, refugio de los moribundos: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, refrigerio de las almas del purgatorio: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, corona de Todos los Santos: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, alegría de los bienaventurados: Confiamos en Ti.

Jesús, Rey de Misericordia, fuente inexhausta de milagros: Confiamos en Ti.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: Perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: Escúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo: Ten misericordia de nosotros.

V.- Las Misericordias del Señor se extienden sobre todas sus criaturas.

R.- Por esta causa cantaré eternamente sus Misericordias.

ORACIÓN

Oh Dios clementísimo, Padre de las Misericordias y Dios de toda consolación, que no quieres que perezca ninguno de los que creen en Ti. Inclina tu mirada sobre nosotros y multiplica tus Misericordias según la grandeza de tu compasión, a fin de que en las grandes calamidades de la vida jamás desesperemos, antes bien, con gran confianza, nos sometamos a tu Voluntad que es tu misma Misericordia.

Por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor, Rey de la Misericordia, que con el Padre y el Espíritu Santo nos la dispensa por los siglos de los siglos. Amén.

CORONILLA DE LA DIVINA MISERICORDIA

(PARA REZARLA CON LAS CUENTAS DEL ROSARIO)

Para empezar:

Credo, Padrenuestro y Ave María.

Pasando las cuentas separadas, en sustitución del Padrenuestro:

Padre Eterno, te ofrezco el Cuerpo la Sangre, el Alma y la Divinidad de tu muy amado Hijo y Señor Nuestro, Jesucristo, en expiación de nuestros pecados y los del mundo entero.

Pasando las cuentas de la decena, en sustitución del Ave María:

Por su dolorosa Pasión, / ten misericordia de nosotros y del mundo entero.

Para terminar:

Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal: Ten piedad de nosotros y del mundo entero. (Tres veces).

* * * * *

PLEGARIA A LA DIVINA MISERICORDIA

PARA ALCANZAR UNA GRACIA POR MEDIACIÓN DE SANTA
MARÍA FAUSTINA KOWALSKA

Oh Dios, cuya Misericordia sobrepaja todas tus obras, te doy gracias por los favores extraordinarios que concediste a tu Sierva Faustina. Nos has manifestado de un modo particular el abismo de tu Misericordia, que en estos calamitosos tiempos quieres derramar abundantemente sobre la humanidad extraviada y dolorida. Señor, te ruego con gran confianza que también conmigo manifiestes

tu Misericordia, concediéndome la gracia que te pido y tanto necesito... (pedir la gracia), si no es contraria a la salvación de mi alma. Te lo pido por los méritos e intercesión de Santa Faustina, pero, sobre todo, por la dolorosa pasión de tu amadísimo Hijo y Nuestro Señor Jesucristo, Rey de Misericordia, que contigo y con el Espíritu Santo nos la dispensa por toda la eternidad. Amen.

(Rezar esta oración por nueve días seguidos, recibiendo al menos una vez en esos días los Santos Sacramentos de la Confesión y Eucaristía)

CONSAGRACIÓN A LA SANTA VIRGEN MADRE DE MISERICORDIA

¡Oh Madre mía y mi Reina, yo te doy en custodia mi alma y mi cuerpo, mi vida, mi muerte y mi eternidad. Pongo todo en tus manos, oh buena Madre! cubre con tu manto virginal mi alma y concédeme la gracia de obtener la pureza de alma y cuerpo y la de tener un corazón humilde y generoso en el amor. Protégeme, con tu poder, de toda clase de enemigos y en especial de aquéllos que esconden su malicia bajo la máscara de la virtud.

¡Oh Lirio amable; que seas siempre para mí el modelo de toda virtud!

Madre de Dios y Madre nuestra, Santísima Virgen María, tú eres para mí una Madre muy especial, porque Jesús en la cruz nos dio a ti como Madre. Nosotros somos entonces tus hijos. Por tu Hijo, tú nos amas María, madre mía tan querida. Sé ahora la guía de mi vida espiritual, de manera que pueda siempre agradar a tu Divino Hijo. Madre dulcísima, continúa instruyéndome en la vida interior; que la espada del sufrimiento no me abata nun-

ca; ¡oh Virgen pura, derrama valor en mi corazón y custódialo! Amén.

ORACIONES SELECTAS DEL DIARIO DE SANTA SOR FAUSTINA KOWALSKA

Introducción

En la encíclica *«Rico en Misericordia»*, su Santidad el Papa Juan Pablo II invita a la Iglesia a rezar a la Misericordia Divina:

«Que todo cuanto he dicho en el presente documento sobre la misericordia *se transforme continuamente en una ferviente plegaria*: en un gesto que implore la misericordia en conformidad con las necesidades del hombre en el mundo contemporáneo. *Que este grito condense toda la verdad sobre la misericordia*, que ha hallado tan rica expresión en la Sagrada Escritura y en la Tradición así como en la auténtica vida de fe de tantas generaciones del pueblo de Dios». (Part. VIII, n. 15, par. 3).

No cabe duda que al referirse a «tantas generaciones del Pueblo de Dios» el Santo Padre pensaba en Sor Faustina. Él conocía bien la particular dirección de su espiritualidad, porque fue él, como Ordinario del Arzobispado en donde la santa murió en olor de santidad, el más directamente implicado en la reivindicación de su persona y sus escritos, que prepararon el camino para el reconocimiento oficial de la Iglesia y para su beatificación.

En efecto, las oraciones tomadas de su diario, que se encuentran en las páginas siguientes «condensan toda la

verdad sobre la misericordia», de cuya verdad tan necesitadas se hallan hoy la Iglesia y el mundo.

Unámonos a Santa Faustina en las aspiraciones de su espíritu hacia «el Dios de toda misericordia y consuelo» e imitémosla en la práctica de ese supremo atributo de Dios, dentro del cual Jesús nos insta a modelarnos (Lc. 6, 36), atentos asimismo a las enseñanzas que encontramos en la Epístola a los Hebreos (13, 15-16): **«Por Jesús ofrezcamos de continuo a Dios sacrificio de alabanza, esto es, el fruto de los labios que bendicen su nombre. No os olvidéis de la beneficencia y de la mutua asistencia, ya que en tales sacrificios se complace Dios».**

Jesús dijo a Sor Faustina: **Me supedito a tu confianza; si ésta es grande, mi generosidad no conocerá límites** (II, 19). El Evangelio nos asegura ya eso: **«En verdad os digo que si tenéis fe y no dudáis..., se hará lo que digáis; y todo cuanto pidáis con fe, recibiréis»** (Mt. 21: 21, 22).

Juan el Apóstol, que también ve en la misericordia la verdadera naturaleza de Dios para con la humanidad, deriva de ella una absoluta confianza: **«...y la confianza que tenemos en Él es que, si le pedimos alguna cosa conforme con su voluntad, Él nos oye; y si sabemos que nos oye, en cuanto le pedimos, sabemos que obtenemos las peticiones que le hemos hecho».** (Jn. 5:14,15).

Cuando nos aprestamos a rezar, descubrimos que todo es gracia -don gratuito-, porque todo en Jesús es misericordia. Pero siendo esto así ¿cómo negar a los que nos rodean la generosidad que recabamos para nosotros mismos?

ORACIONES DE UNA MADRE A JESÚS MISERICORDIOSO

Misericordioso Corazón de Jesús, te entrego a mis hijos.

Tu comprendes mejor que nadie mis preocupaciones y mis necesidades; nadie puede ayudarme más eficazmente que Tu.

Concédeme generosamente las gracias necesarias para su educación. Sé que mis esfuerzos serán vanos si no me ayudas con tu gracia. Guía mis acciones, ilumina e inspira mis palabras para el bien de mis queridos hijos. Presévalos de todo pecado y corrupción, y enséñales a progresar por la vía del bien; protégelos contra los malos ejemplos y líbralos de todo mal.

Que ellos vivan y crezcan en el estudio, en la sabiduría en la gracia y en la salud; que sean el gozo y el consuelo de sus padres que sean útiles a la sociedad y busquen los bienes del Cielo.

Cuando me llames a ti, Juez Supremo, te pido que encargues a tu Madre, el cuidado y la protección de mis hijos. Sé que esta buena Madre cumplirá este encargo mejor que yo.

Por todo esto, oh Misericordioso Señor, que tanto has amado a los niños, te prometo un servicio fiel, una vida verdaderamente piadosa y así con la oración y el trabajo poderte alabar y propagar tu insondable Misericordia poniendo durante el transcurso de mi vida y en el momento de mi muerte toda mi confianza en Ti. Amén.

ORACIÓN POR UNA PERSONA QUERIDA

¡Oh Jesús Misericordioso, tú que tuviste en la tierra un discípulo predilecto por el cual tu Corazón Divino ardía con un amor especial, acuérdate que yo también tengo una persona particu-

larmente querida y amada. Por el afecto que tuviste hacia S. Juan y hacia María Madre del Amor Hermoso, y por tu infinita Misericordia, guía a esta persona amada a un conocimiento mejor de ti y a que ame ardientemente tu Corazón Misericordioso; consérvala durante toda la vida en gracia y en salud; bendícela, ilumínala en sus proyectos y en sus decisiones con el fin de que este ser querido y yo seamos siempre fieles el uno al otro y participemos juntamente en las alegrías y en las penas, en el amor y la amistad. Que siempre tengamos una confianza sin límites en tu Infinita Misericordia y la propaguemos y alabemos en la tierra y en la Eternidad. Amén.

ORACIÓN POR LOS ENEMIGOS

Jesús Misericordioso, tú que has sufrido tanto aquí en la tierra por tus enemigos verdaderos y ocultos y, finalmente, condenado por la más absurda injusticia, oraste con mayor empeño desde la cruz por tus perseguidores diciendo: «Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen», dame la fuerza de perdonar siempre con todo mi corazón, según el ejemplo de tu Infinito Amor y Misericordia, a todos aquéllos que me hacen el mal; perdónalos como yo también los perdono, sana sus debilidades y las mías, sumerge nuestros corazones en el océano infinito de tu Amor Divino y llénalos de tu Misericordia. Así el mundo reconocerá que te pertenecemos; también tú nos reconocerás por tuyos en el Juicio final y nos pondrás a tu derecha. Te lo pido por los méritos de tu pasión y dolorosa muerte, por la intercesión de la dolorosa y muy amada Madre tuya y Madre nuestra. Amén.

ACTO DE CONSAGRACION DE LA FAMILIA AL CORAZON MISERICORDIOSO DE JESUS

Corazón Misericordioso de Jesús, confiando infinitamente en tu Misericordia, consagramos a ti totalmente e incondicionalmente nuestra familia. Que seas tú el Señor, el Rey y el Amigo de nuestra familia. Toma todo aquello que tenemos y en particular nuestros corazones bajo tu exclusivo dominio. Ilumina nuestra mente, refuerza nuestra voluntad y bendice nuestras acciones. Comparte con nosotros las alegrías y las penas, perdónanos siempre nuestras debilidades y nuestras culpas, ayúdanos y consuélanos, y, en la hora de la muerte, no seas para nosotros Juez sino el Salvador Misericordioso. Y tú, Virgen Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra Celestial, enseña a tus hijos a amar, servir, alabar por siempre el Corazón Misericordioso de Tu Hijo Divino.

San José, Custodio de la Sagrada Familia, toma la nuestra bajo tu poderosa protección. Amén.

ORACIÓN DE CONFIANZA

¡Oh Divina Misericordia!, yo estoy convencido de que tú vigilas sobre los que confían en ti, y que nada les puede faltar a los que esperan de ti. Abandono todas mis preocupaciones, miserias e inquietudes y desde ahora viviré en paz porque tú me has confirmado tu Misericordia. Tú que tienes y tendrás siempre Misericordia de nosotros. Mis hermanos pueden irse en contra mía; las enfermedades pueden quitarme la fuerza y los medios de servirme como es mi deseo; yo puedo perder tu misma gracia con el pecado, pero nunca perderé la confianza en tu misericordia; la conservaré hasta el último respiro de mi vida. Inútilmente los demonios se esforzarán en robármela; no habrá nada que pueda impedir mi constancia.

Muchos esperan obtener su felicidad en las criaturas humanas; en sus bienes y talentos; otros se apoyan en la fortaleza de su vida; unos en los sacrificios de su penitencia; otros en el número de sus buenas obras y en el fervor de sus oraciones; en cuanto a mí, toda mi confianza se apoya sobre tu Misericordia, oh Señor, que eres mi Dios y mi Salvador, mi Santificador y mi Juez. Todas mis palabras y todas mis oraciones expresan solamente la confianza y no moriré, eternamente porque yo espero de tu Infinita Misericordia, ¡oh Señor!

Lamentablemente sé por experiencia cuán débil e inconstante soy; sé cuándo las tentaciones prevalecen con facilidad sobre la más firme virtud; he visto caer a aquéllos que pensaba eran columnas de la vida religiosa; yo mismo he caído por mi fragilidad humana; por eso, espero solamente de la Misericordia de mi Dios y no moriré eternamente.

En fin, estoy seguro que nunca estará por demás confiar absolutamente en ti y que nunca tendré menos de aquéllo que espero de ti. Sé que tú me ayudarás a dominar mis malas inclinaciones. Tú me protegerás en las luchas y dificultades y harás triunfar mi debilidad con tu fuerza; por tanto, mi alma se queda en paz. Tú me darás la fuerza, el heroísmo y yo te amaré con todo mi corazón. Tú serás mi Todo y yo te exaltaré por toda la eternidad. Divina Misericordia, confío en ti. Amén.

**ACTO DE INTENSO AMOR DEL ALMA TODA VUELTA
HACIA EL ETERNO PADRE, PERDIDA EN EL
SACRATÍSIMO CORAZON DE JESUS MISERICORDIOSO**

¡Oh Eterno Padre, infinitamente Santo... Dios infinitamente Bueno y Misericordioso... yo te adoro!... ¡Dios, escucha el gemido del alma que se abandona en ti!

¡Quisiera reparar todos los ultrajes que recibes de los pecadores esparcidos en todo el mundo, pecados que son cometidos a cada instante, de día y de noche!

Unida a todas las almas que te aman, mi alma te ofrece muchos actos de adoración y de reparación, por las amarguras que recibes de las ingratas criaturas que te ofenden.

De una manera especial, te ofrecemos el Holocausto perpetuo de tu Hijo que se inmola en el Santo Sacrificio de la Misa celebrado en todo lugar y a toda hora. ¡Oh Padre, infinitamente Bueno y Compasivo, recibe aquella Sangre purísima en reparación infinita de todos los ultrajes de los hombres; borra sus culpas y ten por ellos Misericordia!

¡Oh Eterno Padre, mira a todas las almas bañadas por la Sangre del Dilectísimo Hijo tuyo Jesús Misericordioso! ¡Es de su Corazón Sacratísimo, abierto en la Cruz, de donde sale el gemido suplicante de Misericordia y de perdón!... ¡el gemido, oh Padre Bueno, de aquella Víctima que a ti se ofrece incesantemente por todas las almas redimidas por su Sangre Preciosísima!

Por tanto, ¡Oh Padre Celestial, Dios de Misericordia y de Consuelo, no permitas que estas almas se pierdan, sálvalas, te lo ruego, por Jesús Misericordioso... Sálvalas!... con el fin de que luego ellas te bendigan en el Cielo con Él y glorifiquen eternamente tu Divina Misericordia. Amén.

«SUB TUUM PRAESIDIUM (BAJO TU AMPARO) A LA MISERICORDIA DIVINA»

Acudo a tu Misericordia, oh Dios clementísimo, porque sólo tú eres Bueno (Mat. 19, 17). A pesar de mi gran miseria y mis innumerables culpas, tengo confianza en tu Misericordia, porque tú eres «Padre de la Misericordia y Dios de toda consolación». Nunca se ha oído decir en la historia de los siglos, ni el cielo ni la tierra recuerdan, que te hayas negado al ruego de un alma que, confiada, haya recurrido a ti.

¡Oh Dios de piedad, sólo tú puedes justificarme! tú no me rechazarás cada vez que me dirija arrepentido a tu Corazón Misericordioso, de donde nadie ha sido rechazado, por más pecador que fuere, porque tu Hijo nos aseguró: Los cielos y la tierra volverán a la nada antes que faltar mi Misericordia a la llamada de un alma que en mí ha depositado su confianza» Amén.

(Diario VI, 39, 54).

SUSPIROS DE UN ALMA MISERICORDIOSA

¡Oh Jesucristo: mi delicia más grande es ver que tú seas amado, que la gloria y el honor de tu nombre resuenen y, sobre todo, la gloria de tu Misericordia! ¡Oh Jesús: hasta el último instante de mi vida no cesaré de glorificar tu Bondad y tu Misericordia! Cada gota de sangre, cada latido de mi corazón glorifican tu Misericordia! Deseo ser enteramente un himno que te glorifique. Y cuando esté sobre mi lecho de muerte, haz que el último latido de mi corazón sea un himno de amor que glorifique tu Infinita Misericordia. Amén.

ORACIÓN DE ADORACIÓN

¡Te adoro, Creador y Señor, en el Santísimo Sacramento. Te adoro por todas las obras de tu mano, en las cuales veo tanta Sabiduría, Bondad y Misericordia. Señor tú has esparcido sobre la tierra tantas bellezas, éstas me hacen pensar en la tuya, mas no son sino pálidos reflejos de tu esplendor, de tu inconcebible belleza!

A pesar de que tú has escondido y velado tu belleza, mi ojo, iluminado por la Fe, te reencuentra y mi alma descubre al Señor, su Bien Supremo; mi corazón se sumerge en una plegaria de adoración.

¡Oh mi Creador y Señor, por tu belleza he osado hablarte. Por tu Misericordia, desaparece el abismo que separa al Creador de su criatura; hablar contigo, Señor, es la delicia de mi corazón: en ti encuentro todo aquello que mi corazón puede desear. Tu luz aclara mi espíritu, permitiendo conocerte más íntimamente. Sobre mi corazón las gracias bajan a torrentes, mi alma toma de allí la vida eterna! Amén.

(Diario VI, 27)

ORACIÓN DE OFRECIMIENTO

¡Te agradezco Señor, Dios eterno, por las gracias y por los innumerables beneficios con los cuales me colmas! Dios mío, quisiera que cada latido de mi corazón fuera para ti un nuevo cántico de agradecimiento; que cada gota de mi sangre circule para ti, Señor; que mi alma no deje de glorificar tu Misericordia. ¡Te amo, oh mi Dios, te amo únicamente a ti! A pesar de que mis sufrimientos son continuos y grandes, los recibo de tus manos como un don precioso. Los acepto todos con gusto, también aquellos que las otras almas no quieren soportar. Tú puedes, Jesús, cargarme con todas las cruces: no rechazo ninguna. No pido más que una cosa: la fuerza

de soportarlas y hacerlas meritorias! Te ofrezco todo mi ser; haz de mi lo que quieras!

(Diario VI, 58)

ORACIÓN DE INVOCACIÓN PARA SER FIELES A LA VOLUNTAD DE DIOS

¡Oh Jesús, tendido sobre la cruz: te ruego me concedas siempre y donde quiera que me encuentre, la gracia de cumplir fielmente la Santa Voluntad de tu Padre. Aun cuando esto me sea penoso y difícil te imploro, Jesús, que de tus llagas hagas fluir la fuerza y el poder necesarios, y mis labios repitan sin cesar: «¡Señor, que se haga tu voluntad!» ¡Oh Redentor del género humano, que nos has amado hasta morir por nuestra salvación y que, en los sufrimientos y tormentos de la agonía, olvidaste todo para pensar sólo en la salvación de nuestras almas. Oh Misericordiosísimo Jesús, concédeme la gracia de olvidarme de mí mismo, y vivir para los demás, ayudándote así en la Obra de la Redención según la Santísima Voluntad de tu Padre Celestial! Amén.

(Diario IV, 9)

ORACIÓN PARA IMPLORAR CONFIANZA EN MEDIO DEL SUFRIMIENTO

¡Oh Jesús, no me dejes sola en los sufrimientos! tú, Señor, conoces mi debilidad; no soy más que un abismo de miseria; no soy más que una nada, ¿qué extraño es, entonces, que si tú me dejas sola me caiga? Soy como un recién nacido. Soy impotente, Señor; no sé valerme por mí mismo, mas en el abandono tengo confianza. A pesar de lo que siento, conservo la confianza y concentro todos mis sentimientos en una entera y absoluta confianza en ti.

¡No disminuyas ninguno de mis sufrimientos; dame, simplemente, la fuerza de soportarlos. Haz de mí lo que tú quieras. Dame solamente la gracia de saber amarte en todas las circunstancias de mi vida. No disminuyas, Señor, el cáliz de amargura, sino dame sólo la fortaleza de beberlo todo. Amén. (1)

(Diario V, 46, 67)

ORACIÓN POR LA IGLESIA Y LOS SACERDOTES

¡Oh Jesús! te suplico, concede a tu Iglesia el amor y la luz del Espíritu Santo. Da a tus sacerdotes el amor y la luz de tu Espíritu, que las palabras de los sacerdotes convengan a los corazones más endurecidos, se arrepientan y vuelvan a ti, oh Señor.

Señor, danos sacerdotes santos; consérvalos tú mismo en la santidad. ¡Oh Divino Sumo Sacerdote, haz que tu Misericordia los asista en cualquier lugar y los defienda contra las insidias y tentaciones que el demonio tiende sin cesar al alma de cada Sacerdote!

Que el poder de la Divina Misericordia, ¡oh buen Salvador! aplaste y aniquile todo aquello que pudiera manchar la santidad de un sacerdote, porque tú lo puedes todo. Te suplico, Jesús que bendigas con una luz especial a los sacerdotes con los que me confesaré a lo largo de mi vida. Amén.

(Diario III, 11)

(1) Pensamiento de Sor Faustina: ¡Oh!, si el alma que sufre le fuera dado saber cuánto le ama Dios se moriría de gusto y de exceso de felicidad. Un día sabremos el valor del sufrimiento; pero para entonces ya el alma será incapaz de sufrir más. Ahora es nuestra oportunidad.

ORACIÓN AL PADRE CELESTIAL

*¡Oh Dios mío: cuánto deseo volver a ser como un niño, ya que tú sabes que yo soy pequeña y débil. Por esto, te suplico, que estés cerca de mí en todo momento de mi vida y sobre todo en la hora de mi muerte. Oh Padre Bueno y Misericordioso: yo sé que tu Bondad sin límites supera toda la ternura y cuidado de la más tierna de las madres, porque «**aunque mi padre y mi madre me abandonen, Yahveh me acogerá**», (Sal. 27, 10) y me estrecharás sobre tu corazón!. Amén.*

(Diario 1, 112)

ORACIÓN POR LAS ALMAS QUE NOS HAN SIDO CONFIADAS

¡Oh Jesús mío: yo no buscaré otra cosa que aquella de proclamar el honor y la gloria a tu Santo Nombre, ya sea con la oración, con el trabajo o en la lucha diaria, hasta el día en que tú me digas: ¡Has cumplido tu misión! Oh Misericordioso Salvador: con la oración y el sacrificio buscaré socorrer a cada una de las almas que me has confiado, para que puedas hacer fructificar tus gracias. ¡Oh Jesús mío, gran amigo de las almas!: te agradezco la confianza que me tienes al haberte dignado confiar estas almas a mi cuidado.

¡Estos días de trabajo y de monótona vida cotidiana, cuán preciosos son para mí cada instante! en efecto, a cada instante me traes nuevas gracias y me das la posibilidad de hacer el bien a todos los hombres de buena voluntad. ¡Oh querido Jesús, haz que no se pierda ninguno de aquéllos que me han sido confiados! (Juan 17,12). Amén.

(Diario 1, 113)

ORACIÓN DEL ALMA EN LA SOLEDAD

¡Oh Jesús, que eres el amigo de mi corazón, tú eres mi único refugio y mi único descanso. Tú eres mi salvación en medio de las tempestades de la vida, mi tranquilidad en medio de las perturbaciones del mundo. Tú eres mi calma en las tentaciones; mi sustento en las horas de desesperación; mi victoria en la lucha por el advenimiento de tu Reino. (Juan 16, 33). Eres el rayo vivo que aclara mi vida; el calor que hace derretir el hierro de mi indiferencia! ¡Eres tú, oh Señor, sólo tú eres capaz de comprender al alma que permanece callada y sufre sin decir una palabra. Tú conoces muy bien nuestras debilidades y nuestros pecados que, sin tregua -cual Médico y Buen Pastor- nos perdonas, nos curas y nos levantas, para que nosotros podamos siempre amarte más. Amén.

(Diario 1, 114)

PALABRA DE ORDEN

¡Oh Jesús mío, consérvame a tu lado y no permitas que me aleje de ti! Mira mi debilidad; sin ti no puedo dar un solo paso. Es necesario entonces, Jesús, que tú estés siempre cerca de mí, como una madre que no deja nunca a su niño pequeño...

(Diario 1, 119)

ACTOS DE ADORACIÓN A JESUCRISTO EN LA EUCARISTIA

¡Te adoro, oh Amor Invisible, que eres la vida de mi alma! ¡Te adoro, Jesús, bajo las sutiles especies del pan. Te adoro, oh Dulce Misericordia que expandes sobre todas las almas. Te adoro, oh bondad Infinita, que expandes a tu alrededor los rayos de gracia. Te adoro, oh Luz resplandeciente, Luz de las almas. Te adoro,

Manantial Inagotable de Misericordia! El más puro de los Manantiales desde donde brotan para nosotros la vida y la santidad. ¡Te adoro, delicia de los corazones puros! ¡Te adoro, única esperanza de las almas pecadoras! Amén.

(Diario VI, 40)

ANTE EL SAGRARIO

«¡Oh Jesús mío, Divino prisionero del Amor: cuando medito en el amor que me tienes a pesar de mis pecados y en los sufrimientos que has padecido para expiarlos, mis sentidos desfallecen. Calladamente ocultas tu inconcebible majestad y te dignas humillarte hasta una criatura tan miserable como yo... Oh Rey de la gloria, aunque disimulas tu grandeza, los ojos de mi alma te penetran rasgando el velo de este misterio y veo los coros de los Ángeles que te rinden sin descanso un perpetuo homenaje y oigo a las potencias celestiales glorificarte sin cesar, cantando: Santo, Santo, Santo!

¿Quién es capaz de entender el Amor y la Misericordia Infinita que nos demuestras? ¡Oh prisionero del amor, encierro en este Tabernáculo mi pobre corazón, para adorarte sin cesar noche y día. Nada me lo impedirá aunque físicamente esté lejos, mi corazón estará siempre cerca de ti. No existe obstáculo ni impedimento al amor.

Por eso te consolaré, oh mi buen Jesús, de las blasfemias pronunciadas por tus enemigos, del odio que te tienen los ateos, de la frialdad que te demuestran tus amigos, y, también, de los sacrilegios cometidos por tus almas elegidas. ¡Oh Jesús invisible, deseo consumirme delante del Trono de tu Misericordia como se quema y se consume el aceite puro de la lámpara, que ilumina en la oscuridad!

Te consuelo en el abandono; calienta los corazones helados que te olvidan de una manera tan ingrata...

¡Oh Indivisible y Santa Trinidad, Dios único, deseo de todo corazón que seas bendecido y alabado eternamente por este gran regalo de Amor sacramental que nos ha dejado tu inagotable Misericordia! ¡Oh Jesús, que eres el Pan de Vida (Juan 6, 35): por todos los insultos hechos a ti y para obtener el perdón de tu Majestad, sujetándome a la voluntad Divina, sufriré sin murmurar las amonestaciones, las pruebas, las cruces y las humillaciones, para poder así, al menos en parte, compensar la ingratitud que te demuestran tantos corazones humanos! En el fondo del alma no dejaré nunca de cantar un himno de agradecimiento, de alabanza y de amor a la gloria de mi Creador, Salvador y Benefactor. Amén.»

(Comp. 1, 34)

ORACIÓN PARA IMPLORAR LA MISERICORDIA DE DIOS

I

¡Demuéstrame tu Misericordia, oh Padre, por la infinita bondad del Corazón de Jesucristo; presta oídos atentos a las oraciones que te elevo desde mi corazón contrito!

II

¡Oh Omnipotente y Misericordioso Padre: sabiendo que tu divina bondad no tiene límites, aunque yo no sea más que un abismo de miseria, tengo plena confianza en tu Misericordia!

III

¡Oh Santa Trinidad, mi Señor y mi Dios puesto que es inmensa e infinita tu bondad me confío a tu Misericordia y sé que tú, Señor, estarás siempre cerca de mí!

IV

¡Que tu gran Misericordia y que su canto no cese jamás; que se propague a través del mundo entero, Señor. Implórala, oh alma mía, con todo el fervor!

(Diario IV, 17)

DESEOS DE UN ALMA IMPREGNADA DE LA DIVINA MISERICORDIA

Deseo con todo el corazón que cada respiro de mi vida, que cada latido de mi corazón, que cada palpitación mía alaben tu Misericordia, ¡Oh Santísima Trinidad! Señor, quiero transformarme todo entero en tu misericordia y ser un vivo reflejo de ti. ¡Oh Señor! que el más grande de los atributos divinos, el de tu Misericordia infinita, pase por mi alma y mi corazón hacia mi prójimo.

Ven en mi ayuda, Señor, con el fin de que mis ojos estén llenos de misericordia, de manera que jamás juzgue ni sospeche de nadie según las apariencias externas, sino que mire la belleza en el alma de mi prójimo y acuda a socorrerlo. Haz que mi oído esté lleno de misericordia para que pueda inclinarme sobre las necesidades del prójimo y que no quede indiferente a sus males y a sus lamentos.

¡Socórreme, Señor para que mis labios rebosen de Misericordia, para no hablar mal de mi prójimo, sino que tenga para cada uno palabras de consuelo y de perdón!

¡Ayúdame, Señor, para que mis manos sean caritativas y llenas de buenas acciones, de manera que no deje de hacer el bien a mi prójimo y que coja los compromisos más pesados y más comprometedores!

¡Haz, oh Señor, que mis pies sean misericordiosos, de manera que lleven siempre auxilio a mi prójimo, dominando mi cansancio y fatiga! Que mi verdadero descanso sea servir a mi prójimo!

¡Haz, oh Señor, que mi corazón esté lleno de misericordia, de manera que los sufrimientos de mi prójimo sean como míos! No negaré mi corazón a nadie, atenderé sinceramente también a aquellos que, lo sé, abusarán de mi bondad. Y me encerraré yo mismo confiadamente en el Corazón Misericordioso de Jesús. Callaré mis propios sufrimientos.

¡Que tu Misericordia descansa en mí, oh mi Dios! Eres tú mismo quien me ordenas ejercitarme en los tres grados de la misericordia. El primero es el acto de misericordia de cualquier género. El segundo, es la palabra de misericordia, pues si no puedo llevar a cabo con la obra, ayudaré con la palabra. El tercero, es la oración, ya que si no puedo demostrar la misericordia ni con hechos ni con palabras, puedo siempre hacerlo con la oración; porque ella llega allá donde no puedo entrar físicamente. ¡Oh Jesús mío, transfórmame en ti, puesto que tú eres Omnipotente!

(Diario I, 70-71)

ORACIÓN DE ACCIÓN DE GRACIAS

¡Oh Jesús!, Dios Eterno, te doy gracias por tus innumerables gracias y bendiciones. Que cada latido de mi corazón sea un nuevo himno de acción de gracias a ti, oh Dios. Que cada gota de mi sangre circule por ti y para ti. Que sea mi alma un himno de adoración a tu misericordia. Te amo, Dios, por ti mismo. Amén.
(VI, 138)

PARA LOGRAR EL AMOR DE DIOS

Dulcísimo Jesús, enciende en mi el fuego de tu amor, transfórmame en ti. Divinízame para que mis obras sean de tu agrado. Que se cumpla mi deseo gracias al poder de la Santa Comunión que recibo diariamente. ¡Oh!, cuánto deseo transformarme en ti. ¡Oh Señor! Amén. (IV, 39)

PARA LOGRAR EL CONOCIMIENTO DE DIOS

Jesús, dótame de una inteligencia potente, una inteligencia superior, para poder con ella entenderte mejor, porque, cuanto más te conozca, con más fervor te amaré. Jesús, te pido una inteligencia excepcional, con la que pueda entender los misterios divinos, los más sublimes. Jesús, otórgame una sutil inteligencia capaz de penetrar tu Esencia Divina y tu Vida en el seno de la Santísima Trinidad. Amén. (V, 73)

POR LA PATRIA DE CADA UNO

Misericordiosísimo Jesús, te suplico, por intercesión de los Santos y en especial por intercesión de tu Madre amantísima, que te crió desde la niñez: Bendice la tierra en que nací, te lo ruego, Jesús. No mires nuestros pecados, sino las lágrimas de los niños, el hambre y el frío que sufren. Jesús, en nombre de estos inocentes concédeme la gracia que te pido para mi patria. Amén. (I, 126)*

*En el momento de redactar esta oración, Jesús se le apareció. Con los ojos llenos de lágrimas, le respondió: «Ves, hija mía, qué profunda compasión me inspiran. Te lo aseguro: Ellos sostienen el mundo».

POR LOS PECADORES

Jesús confió a Sor Faustina:

«Siempre me consuela oírte rezar por los pecadores. Es la oración que más me complace, la que dedicas a su conversión. Ten la seguridad, hija mía, que siempre escucho y contesto a esta plegaria.» (V, 35-36).

¡Oh Jesús!, Verdad eterna y Vida nuestra, reclamo tu atención y suplico tu Misericordia para los desdichados pecadores. ¡Oh dulcísimo Corazón del Señor! repleto de piedad y de insondable misericordia te suplico por ellos. ¡Oh Sacratísimo Corazón!, Fuente de Misericordia de donde brotan los rayos de inconcebibles gracias sobre la humanidad entera, te ruego luz para los que viven en el pecado. ¡Oh Jesús!, recuerda tu amarga Pasión y no permitas que se pierdan almas que fueron redimidas pagando el alto precio de tu preciosísima Sangre. ¡Oh Jesús!, cuando considero cuánto vale tu Sangre, me gozo en su grandeza, porque una sola gota habría bastado para la salvación de los pecadores. Aunque el pecado es un abismo de malicia e ingratitud, el precio pagado por nuestra redención excedió la deuda. Por tanto, que las almas confíen en la Pasión del Señor, y depositen su esperanza en su Misericordia. Dios no negará su Misericordia a ninguno. El cielo y la tierra podrán cambiar, pero jamás se agotará la Misericordia de Dios. ¡Oh qué alegría tan inmensa siente mi corazón cuando contemplo tu bondad, que excede a nuestra comprensión! ¡Oh Jesús!, deseo poner a tus pies a todos los pecadores, a fin de que glorifiquen tu Misericordia por los siglos de los siglos. Amén. (1, 30)

PARA ALCANZAR UNA BUENA MUERTE

Oh Jesús misericordiosísimo, tendido en la Cruz no te olvides de mí; préstame atención cuando llegue la hora de mi partida. Oh Corazón de Jesús misericordiosísimo, abierto por la lanza, ampárame en el último instante de mi vida. Oh Sangre y Agua que brotaste por mi salvación del Corazón de Jesús, como manantial de insondable misericordia, apacigua la ira de Dios en la hora de mi muerte. Amén. (11, 205)

Oh Jesús mío, que los últimos días de mi vida transcurran totalmente de acuerdo con tu santa voluntad. Uno mis sufrimientos pesares y agonías de la muerte, a tu sagrada Pasión y me ofrezco en nombre de la humanidad, a fin de obtener la abundante misericordia de Dios para las almas, y en especial para las que viven en el pecado. Finalmente confío, y me someto enteramente a tu santa voluntad, que es la Misericordia misma. Tu Misericordia lo será todo para mí en esta mi última hora. Amén.

(V. 146)

SAN JOSÉ Y LA DEVOCION A LA DIVINA MISERICORDIA

Sor Faustina escribió en su Diario: San José me apremió a que fuera devota de él. Me dijo que le rezara todos los días tres oraciones y la oración «Recuerda». Me miró con mucha bondad y me hizo saber con cuánto empeño apoyaba esta Obra. Me prometió ayuda especial y su protección. Rezo todos los días las oraciones que me recomendó y siento su protección. (III, 55)

Las «tres oraciones» a que se refiere son el Padrenuestro, el Ave María y el Gloria...

La oración «Recuerda» es una plegaria a San José, que la comunidad religiosa de Sor Faustina rezaba diariamente:

«Recuerda, oh purísimo esposo de María y mi más caro protector, San José que jamás se ha oído decir que ninguno que haya invocado tu asistencia y requerido tu ayuda, haya sido desatendido.

Guiado por esta confianza, a ti acudo y con todo el fervor de mi espíritu, a ti me encomiendo. No desoigas mis ruegos, oh Padre adoptivo del Salvador, sino acógelos benignamente y atiéndelos. Amén. »

ACTO DE CONSAGRACIÓN DE SOR FAUSTINA

En presencia del cielo y de la tierra, en presencia de todos los coros angélicos, en presencia de la Santísima Virgen María, en presencia de todas las Potencias Celestiales declaro a Dios, en la Santísima Trinidad, que hoy, en unión con Jesucristo, el Redentor de las almas, me ofrezco voluntariamente por la conversión de los pecadores y en particular por las almas que han perdido confianza en la Misericordia Divina.

Mi ofrenda consiste en aceptar, con sumisión total a la voluntad de Dios, los sufrimientos, los temores y las congojas que afligen a los pecadores y, en cambio, les ofrezco todas las consolaciones de mi alma, que resultan de mi unión con Dios. En una palabra, ofrezco por ellos todo: las santas Misas, las comuniones, las penitencias, los sacrificios y las oraciones. No temo los dardos de la Justicia Divina, pues estoy unido a Jesús. ¡Oh mi Dios!, deseo de esta forma expiar por las almas que desconían de vuestra bondad.

Contra toda esperanza, tengo confianza en el océano de la Misericordia Divina. ¡Señor y Dios mío, mi bien por toda la Eternidad! No fundo este acto de consagración en mis propias fuerzas, sino en el poder que dimana de los méritos de Jesucristo. Repetiré cotidianamente este acto de consagración con la ora-

ción siguiente, que Jesús mismo me ha enseñado: «¡Oh Sangre y agua, que habéis brotado del Corazón de Jesús, manantial de misericordia para nosotros; en Ti confío!»

ORACIÓN A LA DIVINA MISERICORDIA

¡Oh Dios de gran misericordia!, bondad infinita: desde el abismo de su abatimiento, toda la humanidad implora hoy tu misericordia y tu compasión, y clama con la potente voz de la desdicha!

¡Dios de Benevolencia, no desoigas la oración de este exilio terrenal! ¡Oh Señor!, Bondad que escapa a nuestra comprensión, que conoces nuestra miseria a fondo y sabes que con nuestras fuerzas no podemos elevarnos a ti, te imploramos: Adelántate con tu gracia y continua aumentando tu misericordia en nosotros, para que podamos fielmente cumplir tu santa voluntad, a lo largo de nuestra vida y a la hora de la muerte. Que la omnipotencia de tu misericordia nos escude de las flechas que arrojan los enemigos de nuestra salvación, para que con confianza, como hijos tuyos, aguardemos tu última venida -día que sólo tú sabes.

Esperamos obtener lo que Jesús nos prometió a pesar de nuestra mezquindad, porque Jesús es nuestra esperanza. A través de su Corazón misericordioso, como a través de una puerta abierta, entraremos en el Reino de los Cielos (V. 143).

*«El Espíritu y la Esposa dicen: «¡Ven!»
Y el que escucha diga: «¡Ven!»
Y el que tenga sed, venga, y el que quiera
tome gratis el agua de la vida... Amén.
Ven, Señor Jesús»
(Apocalipsis 22: 17,20).*

LETANÍAS DEL SALMISTA A LA DIVINA MISERICORDIA

Antífona: ¡Sálvanos, oh Señor Dios nuestro, y recógenos entre las naciones, para que alabemos tu santo nombre y nos gloriemos en cantar tus alabanzas! (Sal. 105, 47)

(Rezado y cantado por los fieles)

1. Alabad al Señor, porque es bueno.
R: Porque es eterna su misericordia.
2. Alabad al Dios de los Dioses. R:
3. Alabad al Señor de los señores. R:
4. Al único que hace grandes maravillas. R:
5. Que ha creado los cielos con sabiduría. R:
6. Que ha afirmado la tierra sobre las aguas. R:
7. Al que ha hecho grandes luminarias. R:
8. El sol para dominar al día. R:
9. La luna y las estrellas para dominar en la noche. R:
10. Al que golpeó a los Egipcios en sus primogénitos. R:
11. Que sacó a Israel de entre ellos. R:
12. Con mano potente y brazo alzado. R:
13. Al que dividió el Mar Rojo en dos partes. R:
14. Y condujo a Israel en medio de éste. R:
15. Y arrolló al Faraón y a su ejército en el mar Rojo.
16. Al que guió a su pueblo por el desierto. R:
17. Que hirió a reyes grandes. R:
18. Y mató a reyes poderosos. R:
19. A Schon, rey de los amorreos. R:
20. A Og Rey de Basán. R:
21. Cuyas tierras dio en heredad a Israel, su siervo. R:

22. Al que en nuestra humillación se acordó de nosotros. R:

23. Y nos libró de nuestros enemigos. R:

24. Que da alimento a todos. R:

25. Alabad al Dios del Cielo. R:

26. Alabad al Señor de los Señores. R:

27. Alabad al Señor porque es bueno. R:

Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio y ahora y siempre y por los siglos de los siglos, así sea.

Antífona: ¡Sálvanos Señor Dios nuestro y recógenos entre las naciones, para que alabemos tu santo nombre y nos gloriemos en cantar tus alabanzas! (Salmo 105, 47).

V/ ¡Haz resplandecer tu Misericordia sobre nosotros!

R/ ¡Oh, tú que salvas a aquéllos que confían en Ti!
(Sal. 16, 7).

ORACIONES

¡Oh Dios, que prefieres perdonar antes que enfadarte con aquellos que esperan en tí, concédenos llorar dignamente los males que hemos hecho y, así, merecer encontrar la gracia de tu consuelo.

(Sábado anterior al Domingo de Pasión)

¡Oh Dios, que demuestras tu gran Poder al perdonar y compadecernos, multiplica sobre nosotros tu Misericordia, para que acudiendo a tus promesas, tú nos hagas partícipes de los bienes celestiales.

Por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

(Domingo X después de Pentecostés)

«UNO DE LOS SOLDADOS ATRAVESÓ EL COSTADO DE ÉL, Y AL PUNTO SALIÓ SANGRE Y AGUA» (Juan 19,34)

LA IGLESIA NACIÓ DEL COSTADO HERIDO DE JESÚS. Concilio Vaticano II

«ESTE NACIMIENTO Y DESARROLLO SE SIGNIFICAN POR MEDIO DE AQUELLA SANGRE Y AGUA QUE SALIERON DEL COSTADO ABIERTO DE JESÚS CRUCIFICADO» (De Ecclesia n° 3), PORQUE EN REALIDAD DE AQUEL CORAZÓN HERIDO DEL REDENTOR NACIÓ LA IGLESIA Y DE ÉL SE ALIMENTA, YA QUE CRISTO «SE ENTREGÓ A SÍ MISMO POR ELLA, PARA SANTIFICARLA, PURIFICÁNDOLA POR EL AGUA, EN VIRTUD DE LA PALABRA DE VIDA».

(Efesios 5,25)

El «Apostolado de la Divina Misericordia» que propaga la devoción a la Divina Misericordia, se mantiene en la «línea conciliar» y vive y siente con la Iglesia. Procura atender a esta llamada urgente de Jesús, evangelizando sobre el AMOR MISERICORDIOSO, sobre el perdón de los pecados y despertando un amor nuevo por JESÚS-EUCARISTÍA, el gran protagonista de la «Nueva Evangelización» y el centro de esta devoción.

¡HACIA LA SANTIDAD!

Ésta es otra gran llamada de Jesús para nuestro tiempo; llamada que se desprende del «Diario de Sor Faustina» y que es acuciante en el Concilio Vaticano II. La Iglesia florecerá en la santidad. «No basta renovar los métodos pastorales, ni organizar y coordinar mejor las fuerzas eclesiales ni explotar con mayor agudeza los fundamentos bíblicos y teológicos de la fe; es necesario suscitar un nuevo «anhelo de santidad»

(Redemptoris Missio, 90)

LA DIVINA MISERICORDIA Y JUAN PABLO II

“SI POLONIA ES FIEL Y DÓCIL A MI VOLUNTAD LA ELEVAREÉ EN PODER Y SANTIDAD; DE ELLA SALDRÁ LA CHISPA QUE PREPARARÁ AL MUNDO PARA MI ÚLTIMA VENIDA.”

Y no una chispa, sino una verdadera llamarada ha prendido en multitud de corazones. De Polonia surgió el Mensaje y la devoción a la Divina Misericordia. Polaca era Santa Faustina y polaco Juan Pablo II quien trabajó incansablemente por anunciar al mundo el amor y la misericordia de Dios. Escribió la preciosa encíclica “Rico en Misericordia” y después de un exhaustivo examen aprobó la devoción y el mensaje revelado por Jesús a Sor Faustina. Él la beatificó y canonizó; consagró el mundo a la Divina Misericordia e instituyó oficialmente para la Iglesia universal la Fiesta de la Divina Misericordia, atendiendo así a los deseos de Jesús. Además enriqueció la Fiesta con una indulgencia plenaria.

Juan Pablo II se fue al cielo el sábado 2 de abril de 2005; murió a las 21.37 horas de la noche, después de haber participado en su habitación, de la Misa que litúrgicamente ya corresponde al segundo domingo de Pascua. Era ya la Fiesta de la Divina Misericordia, que él mismo con tanto anhelo instituyó.

Era también primer sábado de mes; la Virgen Santísima se lo llevó para depositarlo en los brazos de la Divina Misericordia.

¡QUÉ GRAN SIGNO DEL CIELO!

*S.S. Juan Pablo II ha sido beatificado el 1 de Mayo de 2011 en la
“Fiesta de la Divina Misericordia”*

INDICE

1ª PARTE - LA DIVINA MISERICORDIA

— Palabras de S.S. J. Pablo II en la Canonización de Sor Faustina	3
— La Misericordia de Dios en la obra de la enseñanza de la Iglesia	9
— I. Principio y desarrollo de la devoción a la D.M	13
— II. Santa María Faustina	14
— III. La Misión de Sor Faustina	16
— IV. De la honda piedad de Sor Faustina	20
— V. Medios para alcanzar este fin	25
a) La imagen de Jesús Misericordioso	26
b) La fiesta de la Misericordia	27
c) Algunas prácticas de piedad	29
— VI. Invitación y promesas	33
— VII. A los devotos del Sagrado Corazón de Jesús	34
— VIII. María Santísima y la nueva devoción	37
— IX. Nuestro deber	38
— X. La hora de la Gran Misericordia	39
— XI. Instrucciones a los devotos de la Divina Misericordia	40

2ª PARTE - DEVOCIONARIO

— Novena	44
— Letanías	54
— Coronilla	58
— Plegaria a la D.M. para alcanzar una gracia	58
— Consagración a María Madre de Misericordia ...	59

Oraciones selectas del Diario de Sor Faustina Kowalska:

Introducción	60
Oración de una madre	62
Oración por una persona querida	63
Oración por los enemigos	63
Acto de consagración de la familia	64
Oración de confianza	64
Acto de intenso amor del alma	66
Sub tuum praesidium (bajo tu amparo)	67
Suspiros de un alma	67
Oración de adoración	68
Oración de ofrecimiento.	68
Oración para ser fieles	69
Oración para implorar confianza en medio del sufrimiento ...	69
Oración para la Iglesia y los sacerdotes	70
Oración al Padre Celestial	71
Oración por las almas que nos han sido confiadas	71
Oración del alma en la soledad.....	72
Palabra de orden	72
Acto de adoración a Jesucristo en la Eucaristía	72
Oración para implorar la Misericordia de Dios	74
Deseos de un alma impregnada de la D.M	75
Oración de acción de gracias	76
Para lograr el amor de Dios	77
Para lograr el conocimiento de Dios	77
Por la patria de cada uno	77
Por los pecadores	78
Para alcanzar una buena muerte	79
San José y la devoción a la Div. Mis.	79
Acto de consagración de Sor Faustina	80
Oración a la Divina Misericordia	81
— Letanías del salmista a la Div. Mis.	82

LIBROS INFORMATIVOS SOBRE LA DIVINA MISERICORDIA

- **DIARIO DE SANTA FAUSTINA KOWALSKA**
Escrito autobiográfico de la vida espiritual de la santa. Contiene todo el mensaje y diálogo de Jesús con Sor Faustina. Mensajes. Promesas. Devoción. Todo lo que Jesús le mandó escribir.

720 páginas

- **LA DIVINA MISERICORDIA Y JUAN PABLO II**
Sabida es la gran relación que tuvo este Papa con la difusión del Mensaje y devoción a la Divina Misericordia. Contiene estudios teológicos, Homilias, Decretos, instituciones, una preciosa biografía de Sor Faustina. Muchas citas del diario. El último viaje del Papa a Cracovia cuando consagró el mundo a la Divina Misericordia, etc. Es un libro ameno escrito de una manera sencilla. El Mensaje es un **SIGNO DEL CIELO PARA NUESTRO TIEMPO.**

510 páginas

- **LA MISA FUENTE DE SANTIDAD**
Escrito por el sacerdote Jesuita Francisco Charmot. No está relacionado con el Mensaje de la Divina Misericordia aunque se describe alguna cita del Diario de Santa Faustina. El Apostolado de la Divina Misericordia lo ha editado porque en la Eucaristía es donde está latente el Corazón Misericordioso de Cristo y desde el mismo Diario de la Santa se desprende el ardiente amor con el que Jesús nos espera en este sacramento. También se constata en el Diario la lamentable tibieza de los cristianos. Este libro enardece y nos da a conocer mejor la profundidad de amor que esconde este sacramento.

4ª edición actualizada.

422 páginas

- **DEVOCIONARIO DE LA PRECIOSISIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO**

272 páginas

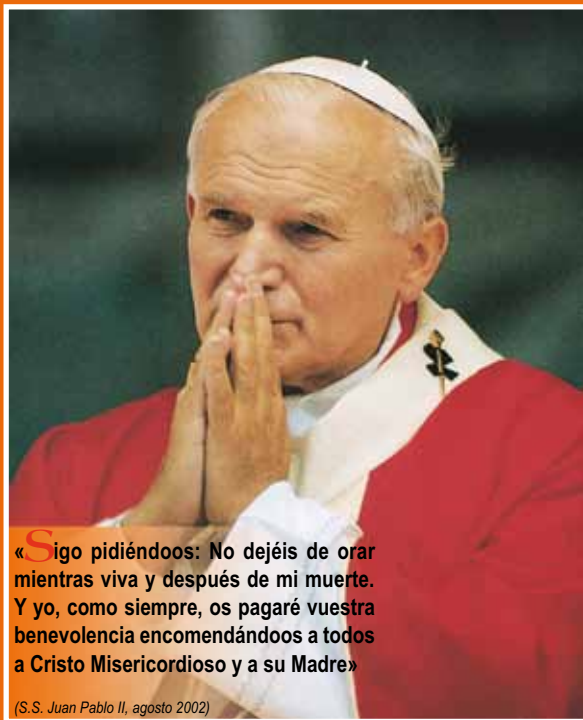
Te bendecimos Padre Santo: en Tu infinito amor hacia el género humano enviaste al mundo como Salvador a Tu Hijo, hecho hombre en el seno de la Virgen Purísima. En Cristo, manso y humilde de corazón tú nos diste la imagen de Tu infinita misericordia. Contemplando Su rostro vislumbramos Tu bondad, recibiendo de Su boca las palabras de vida, nos llenamos de Tu sabiduría; descubriendo las insondables profundidades de Su corazón aprendemos templanza y mansedumbre; exultando por su resurrección, pregustamos la alegría de la Pascua eterna. Concede ¡oh Padre! que tus fieles venerando esta sagrada imagen tengan los mismos sentimientos que vivieron en Cristo Jesús, y se vuelvan instrumento de concordia y de paz. Tu Hijo, ¡oh Padre! sea para todos nosotros la verdad que nos ilumina, la vida que nos alimenta y nos renueva, la luz que nos aclara el camino, la senda que nos hace elevar hacia ti para cantar eternamente Tu misericordia. Él es Dios y vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

*Oración del Santo Padre Juan Pablo II
elevada el 23 de abril de 1995 Fiesta de la Divina Misericordia
en la Iglesia del Espíritu Santo «In Sassia».
Roma, 23 de abril de 1995*

Para más información y pedidos de libros,
láminas y estampas, dirigirse a:
APOSTOLADO DE LA DIVINA MISERICORDIA
Apartado n.º 22.163 - 08080 BARCELONA
Tel./Fax 93 426 16 22

BEATO JUAN PABLO II, PAPA

Gran Apóstol de la Divina Misericordia



«**S**igo pidiéndoos: No dejéis de orar mientras viva y después de mi muerte. Y yo, como siempre, os pagaré vuestra benevolencia encomendándoos a todos a Cristo Misericordioso y a su Madre»

(S.S. Juan Pablo II, agosto 2002)

“Ha llegado la hora en que el Mensaje de la Divina Misericordia debe llenar los corazones de esperanza y convertirse en chispa de una nueva civilización, la civilización del amor”

(S.S. Juan Pablo II, beatificado el 1 de Mayo de 2011)

ISBN 846132998-8



9 788461 329984